

CORRESPONDENCIA

CHINA

Feliz éxito de la Misión de los Padres Agustinos

El R. P. Fr. Pedro Rodríguez, misionero agustino, escribe lo siguiente:

QUIERO aprovechar los instantes que me dejan libre las cotidianas ocupaciones, para dar cuenta á usted de un extraño suceso acaecido en China.

Tenemos los Agustinos en el Celeste Imperio á nuestro cargo la parte septentrional de la provincia de Hunan, en la que doce Religiosos trabajan sin descanso en la conversión de tantos infelices como allí duermen el sueño de la idolatría.

Las conversiones no han sido en verdad muy numerosas; pero ahora parece que Dios se ha apiadado de los misioneros, y empieza á premiar sus apostólicas fatigas, pues de día en día aumenta considerablemente el número de cristianos.

Para educar á los infelices niños, abandonados, apenas nacidos, por sus padres en lugares desiertos, y lo más regular arrojados á los ríos, hace años que levantaron los Agustinos un horfanotrofio, donde tienen ya buen número de asilados, gracias á la vigilancia y solicitud con que los misioneros registran los lugares donde ordinariamente suelen llevar á cabo los desnaturalizados padres el horrendo crimen de abandonar á sus hijos.

He aquí ahora el suceso: En Abril murió en Semen, ciudad de la citada provincia de Hunan, una anciana de ochenta años, poco tiempo hacía bautizada, y que á pesar de sus años llegó á aprender perfectamente la doctrina cristiana. Toda su familia era pagana, y el misionero previno á ésta que en manera alguna podía asistir él al entierro y practicar en la casa mortuoria los ritos de la Iglesia católica, si antes no se desprendían de los ídolos, inscripciones supersticiosas, tablas, etcétera, que en casa tenían. Ante esta advertencia, destrozaron las inscripciones y entregaron los ídolos al misionero P. Francisco. Puede V. considerar cual sería la belleza artística de los ídolos en cuestión, teniendo en cuenta que la generalidad de los chinos adoran á Confucio, al cual agregan un séquito de *dii minores*,

Año V.—N.º 110

tutelares para todo, hechos de la manera más tosca, y horriblemente feos, hasta el punto de que no hay en la fauna bicho á que compararlos, y gracias si se encuentra en la mitología.

Terminado el entierro, quisieron los parientes de la anciana saber qué había sido de ésta, y al efecto consultaron á una famosa bruja que, según el referente Padre José Pons, como todas las de su profesión, daba las respuestas después de posesionada. Al principio, el demonio no quería presentarse, y era natural que la hechicera se desesperase y maldijese de su *buen amigo*, que por fin acudió ante las imprecaciones de la inmunda vieja.

«Cualquiera, me dice dicho Padre, que presencie alguno de estos casos, llamados por los chinos *ruo in*, no podrá menos de persuadirse al ver los horribles aspavientos, muecas y contorsiones de la bruja, que ésta tiene en el cuerpo toda una legión de demonios.

«Preguntada la *medium* por el paradero de la anciana, respondió con rabia que estaba en el cielo, donde era completamente feliz, y que nada necesitaba de sus parientes. No hay por que decir que los paganos así lo creyeron, y en consecuencia son varias las familias que quieren hacerse cristianas. Dios purifique sus intenciones, concediéndolas una sincera conversión.»

Sin comentarios.

ÁFRICA

El orfelinato salesiano de La Marsa

En una correspondencia dirigida al superior de los Salesianos D. Rúa por el director del orfelinato D. Antonio Josephidi, dice lo siguiente:

EN el año que apenas lleva de vida este orfelinato el número de niños se ha duplicado, y se quintuplicaría si la estrechez del local no lo impidiera.

La nueva parroquia y oratorio de Túnez progresan también admirablemente, pero escasean de todo, menos de fieles y de niños. Es muy consoladora la marcha del Oratorio, al que ya concurren más de cien niños y jóvenes de veinte á treinta años; muchos de éstos, apenas terminado el trabajo, se dirigen presurosos á la casa de los sacerdotes Salesianos para asistir á las clases de Catecismo, del que hasta ahora no tenían ni la más ligera idea.

Varios cientos de niños y niñas asisten todos los días á nuestras escuelas públicas y á las instrucciones catequísticas.

Las Hermanas de María Auxiliadora, por su parte,

45 Julio 1897



R. P. JAIME BERTHIER, de la Compañía de Jesús. (Pág. 334)

no se quedan atrás en el trabajo, pues aumentan cada día el número de sus niñas internas y externas; atraen con sus santas industrias á nuestros cultos á buen número de pobres emigrantes ya casi perdidos ó en camino de perderse, y con el buen trato que dan á sus hijos y á muchas familias mahometanas, que admiran el sacrificio de las Hermanas, poco á poco van gustando de nuestra sacrosanta Religión. Una sola cosa trae disgustadas á las Hermanas: el que la escasez de medios pecuniarios no las haya permitido hacer diez veces más grandes sus locales, pues aún así serían todavía insuficientes para la gran necesidad que experimentan.

Esto es más ó menos lo que hasta aquí hemos podido hacer, que es mucho relativamente al poco tiempo de estas fundaciones, si bien muy insignificante si se atiende á lo que todavía nos falta por hacer. Esperamos, sin embargo, que durante el corriente año, con la protección de Dios y el óbolo de nuestros beneméritos cooperadores, podremos ensanchar los locales de La Marsa, Manuba y Túnez, donde mayor necesidad se siente.

En Túnez los Salesianos tienen urgente necesidad de una gran iglesia bien provista de todo; los gastos que su construcción deberá ocasionarles, con seguridad que no han de bajar de noventa mil pesetas.

El patio del oratorio es tan estrecho, que los niños no pueden entregarse con entera libertad á sus juegos; es, pues, indispensable ensancharle, y al mismo tiempo abrir otro oratorio para las niñas, á quienes rodean mil peligros.

El ambiente corruptor y malsano que envuelve á la juventud obrera, hace también urgentísima una escuela profesional; pues carece de un establecimiento benéfico que mire por su bienestar y moralidad. Se me parte el corazón cuando por falta de sitio me veo obligado á no admitir á muchos de estos jóvenes que cada día se me presentan, y que se hallan en continuo peligro de perder su cuerpo y lo que es aún más doloroso, hasta su alma.

Como ve V., amado Sr. D. Rúa, la miés no puede ser más abundante; pero ¿dónde están los obreros que deben recogerla? ¿Dónde los medios materiales para ello? Toda nuestra esperanza la tenemos puesta en Dios y en la caridad católica. Por nuestra parte no perdonamos fatiga ni sacrificio que pueda redundar á gloria de Dios y bien de las almas. ¡Dígnese el Señor oír nuestras ardientes súplicas, y mandarnos pronto los obreros evangélicos y medios necesarios para llevar adelante tan noble empresa!

MATTO GROSSO (Brasil)

Misión de la Colonia Teresa Cristina

El R. P. José Solari, misionero salesiano, escribe en Enero de 1897 al Rmo. Sr. D. Rúa:

TIEMPO hace que no le mando noticias de esta Misión que, gracias al Señor, va progresando, si bien con gran trabajo y á duras penas.

Hace dieciocho meses que empezamos la Misión, y grandes son ya los frutos que hemos podido recoger.

Los indios *coroados* van poco á poco acostumbran-

dose al trabajo, y si bien son insignificantes los resultados que de éste podemos todavía obtener para el mantenimiento de esta Misión, sin embargo, algo se saca, pues últimamente sembramos 2 quintales de maíz, que ya alcanza 6 y 7 metros de altura con 3 y 4 mazorquillas cada planta. Siendo yo solo para el gobierno de esta numerosa Colonia, me veo obligado á enseñar por mí mismo á los indios todas las operaciones agrícolas, único medio de que trabajen, pues si no se va delante de ellos con el ejemplo, es tiempo perdido. Por este motivo me veo en mil aprietos para encontrar un momento libre en que cumplir con mis deberes de sacerdote; ordinariamente después de haber dado á los indios el primer impulso para el trabajo, sentado en el tronco de algún árbol, rezo el Oficio divino y hago un poco de meditación, mil veces interrumpido en uno y otra por las continuas preguntas de los indios.

Grandes son, amado Padre, las necesidades que continuamente experimentamos: llevo ya repartidas á los indios 500 camisas, 200 calzoncillos, 400 guardapiés, 450 pañuelos y 300 mantas de lana; á pesar de esto, continuamente se me presentan hombres y mujeres, niños y niñas en completa desnudez, pidiéndome algo con que cubrirse. Pero á mí no me queda ya nada que poder darles, así es que ya puede figurarse V. la amargura de mi corazón al no poder remediar tanta miseria. ¡Qué gran caridad harían nuestros cooperadores proveyendonos de los artículos de primera necesidad! Prendas de vestir por viejas que sean, pedazos de espejo, cortaplumas ó cualquier otra fruslería basta para captarse el amor de los indios y hacer posible su verdadera civilización.

En Octubre próximo pasado recibimos la grata visita del señor Gobernador de Matto Grosso, de nuestro superior D. Antonio Malán y de nuestro querido amigo el Dr. Santos, quienes quedaron sumamente complacidos de los adelantos hechos y principalmente de la sumisión de estos indios, que hace algunos meses eran el terror de los habitantes de estas regiones.

El R. P. Malán me prometió mandarme 200 reses para nuestro sustento, con las cuales tendremos para todo el año. A propósito de esta visita quiero referir á V. R. dos gracias extraordinarias que hemos recibido de nuestra querida Madre María Auxiliadora.

Recordándome de lo difícil que nos fué el año pasado la navegación del río San Lorenzo, por falta de combustible para la máquina, decidí adelantarme con cuatro indios para prepararla en los puntos convenientes. Partimos, pues, en nuestra canoa con las herramientas necesarias para la operación y aparejos de pesca con los que debíamos procurarnos el sustento. Sorprendidos por la noche á la mitad del camino, acercamos nuestra canoa á la orilla, encendimos una gran hoguera para alejar á las fieras, y después de una cena frugal nos tendimos sobre la verde hierba.

Al día siguiente muy de mañana emprendimos el viaje, y dimos orden al pasar por una pequeña rancharía de indios *bororós*, que prepararan leña, y seguimos adelante repitiendo al llegar la noche la operación del día precedente.

Poco tardaron en quedar como troncos los indios; no así yo, que á pesar de mi gran cansancio no podía pe-

gar un ojo. Una inquietud y un negro presentimiento me dominaban, por lo que me dirigí á la canoa en busca de algún arma que en caso necesario me sirviera de defensa, encontrándome un revólver que desgraciadamente estaba descargado. No pude menos de reírme viéndome tan bien armado en medio de tantos peligros: volví á tierra, me acosté de nuevo; pero inútilmente; un gran peligro debía amenazarnos; tomando una última resolución volví á la canoa, tomé mi crucifijo y arrojándome sobre la arena me encomendé á Nuestro Señor, puse á todos bajo la protección de María Auxiliadora, y empuñando el crucifijo me tendí en la arena, durmiéndome profundamente hasta bien entrado el día. ¿Cuál no sería nuestro estupor al observar á la mañana siguiente á nuestro derredor las pisadas recientes todavía de un enorme tigre? La gracia no podía ser más grande ni más patente. Uno de los indios, que todavía dormía, tenía los cabellos enterrados en la arena bajo una de las pisadas de la fiera, al igual que parte de mi brazo, que había tenido extendido mientras dormía, y de mi crucifijo que no había dejado de la mano. Con los ojos llenos de lágrimas y el corazón rebosando gratitud, dimos gracias muy rendidas al Señor y á María Auxiliadora, por habernos librado de tan grave peligro. Las noches siguientes no quise permitir bajar á tierra, sino que sucediéndonos uno á uno en la dirección de la canoa, los otros en tanto descansaban.

Llegados á la que fué Colonia Isabel, y después de cumplir nuestros deberes religiosos, pues era día festivo, permití é los indios un poco de reposo, y yo, recitando el Breviario, me interné en el bosque para ver si era suficiente la leña cortada. Cuando volvía, he aquí que de buenas á primeras me encuentro frente á frente, y á una distancia de veinte pasos, con un enorme tigre, el cual me dirigía sus ojos que parecían ascuas. Comprendiendo el grave peligro en que me encontraba, me santigué é invoqué con todo mi corazón á María Auxiliadora, y esta buena Madre, siempre solícita por el bien de sus hijos, me libró de una muerte segura, pues el tigre, sin hacer caso de mí, desapareció entre la maleza.

¡Gracias mil sean dadas á esta benditísima Virgen, que en pocos días me ha salvado dos veces de horrible y segura muerte!

Para terminar, amado Padre, le diré que estos salvajes adelantan cada día más en su civilización, habiendo ya logrado que aprendan las principales oraciones del cristiano, y desterrar de ellos algunas costumbres bárbaras é inmorales. Mayor sería el bien y más rápidos los progresos si pudiera disponer de más personal; roguemos, pues, al Señor de la miés que mande muchos y buenos operarios á recoger la abundante que aquí se presenta.

TIERRA DEL FUEGO

Angustiosa situación de la Misión de la Candelaria

La R. sor Luísa Rufino, desde Río Grande escribe el 1.º de Marzo último:

TRES meses hace que nos encontramos sumidos en la más terrible angustia ante el pavoroso porvenir que amenaza á esta desgraciada Misión de la Candelaria, cuya existencia pelagra si no se pone pron-

to y eficaz remedio. El frío crece de día en día, y nosotros carecemos aún de sitio para guarecernos, pues si bien hemos improvisado dos grandes cabañas, una para los Salesianos y sus 46 niños indios, y la otra para las Hijas de María Auxiliadora y sus 40 niñas indias, de poco ó nada nos sirven, pues el viento y la lluvia penetran por todas partes. Al rededor de estas cabañas se recogen unos 300 indios que de ningún modo quieren abandonar la Misión, si bien, obligado por las circunstancias, el director, R. P. Griffa, les ha dado licencia para ello.

Un grande lenitivo en nuestra desgracia es el afecto que nos demuestran estos pobres salvajes. ¡Si viera, amado Padre, lo indulgentes que son con nosotros! No tenemos con qué cubrirles, y ellos no se quejan; la ración diaria que antes les pasábamos, ahora no siempre podemos dársela, y con todo los pobres nada dicen; nos compadecen, y prefieren sufrir con nosotros antes que volver á su vida errante y salvaje. Esto, sin embargo, amado Padre, no nos dispensa del deber que tenemos de proveerlos de cuanto necesiten; pues antes, por el contrario, su resignación y su ejemplo más nos obligan á que con la mayor brevedad y á costa de cualquier sacrificio remedemos su necesidad. El invierno se aproxima á grandes pasos, y ¿qué será de nosotros, de estos pobrecitos niños y niñas, y de los infelices salvajes mal vestidos y peor alimentados? ¿Deberemos pasar por el duro trance de verles desfallecer por el hambre y el frío, sin poderlos socorrer en nada por falta de recursos?

Si la voz del misionero, amado Padre, no ha bastado para tocar el corazón de nuestros beneméritos cooperadores y piadosas cooperadoras, hágaless llegar, se lo ruego, la de las Hermanas, que sufren horriblemente al contemplar la mísera situación de estos infelices. Dígaless, amado Padre, á esos infatigables promotores de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, que vengan pronto en nuestra ayuda, pues nuestra necesidad es extrema; es asunto de vida ó muerte, vida no sólo material, sino también y principalmente espiritual, para muchos ó todos estos salvajes. ¡Oh! ¡cuántas almas de menos se salvarán si persistiendo este deplorable estado de cosas nos viésemos obligados á retirarnos de este importante centro de Misiones!

Nuestro director, R. P. Griffa, ha marchado á Punta Arenas para solicitar de aquellos hermanos nuestros algunos recursos; pero bien poco será lo que puedan hacer por nosotras, pues también ellos se encuentran en estrecheces, aún más porque durante estos tres meses nos han atendido dentro de su posibilidad á remediar nuestra situación.

Toda nuestra confianza estriba en la divina Providencia, que espléndidamente viste á los lirios del campo y mantiene á las aves del cielo, y en la ardiente caridad de nuestros amados cooperadores.

Todos los días sube al trono de Dios la oración de estas almas inocentes, poco ha regeneradas con las aguas del Bautismo, implorando abundancia de gracias y bendiciones en favor de las almas generosas que con sus donativos no sólo prolongarán la vida de la Misión, sino que la prestarán nuevos bríos.

SURIGAO (Filipinas)

Caracteres de las razas mandaya, manoba y mamananua, que habitan las orillas del Tago

El P. Raimundo Peruga escribe desde Tago al reverendo Padre Superior de la Misión:

MUY amado en Cristo Padre Superior: La semana penúltima fui á Cautit, y desde allí á Oteiza para saludar al solitario P. Moré: la pasada fui á Tago, y luego á Alba y á San Miguel, y ayer me vine aquí, para hacer el cumplimiento pascual; de modo que en pocos días he dado un vistazo á toda esta Misión. Hay en ella buena salud y además general alegría, efecto de haber sido algo regular la cosecha del arroz que acaban de recoger. Con esto tendrán comida, que es lo principal para la vida humana. Para el vestido, tributo y demás necesidades tienen el gran recurso del filamento del abacá, que se da bien en toda esta Misión, y se expende de ordinario á buen precio. Ahora sólo falta que á fuer de agradecidos correspondan estas gentes á tamañas bondades de Dios nuestro Señor con una buena vida y fiel observancia de los divinos preceptos. ¿Lo hacen así? ¡Ay! Padre mío; ¡ojalá que pudiera contestar afirmativamente de un modo rotundo y sin restricción alguna! Lo malo es que entre muchos siempre hay algunos cojos; rezagados otros, cual si les abrumase la carga ligera del divino servicio; y para completar el cuadro, no falta tampoco alguno que otro cabritillo que, desviándose del camino real de la santa cruz, gusta de andar saltando por veredas, por demás peligrosas. Sin embargo, debo notar que aún estos extraviados, cuando perciben el silbo amoroso de su pastor, que puede llegar á darles un alcance, se entregan rendidos por lo general, dando de mano al ídolo de sus vicios y desordenadas pasiones que los avasallaban. Este hecho, observado con frecuencia en estas partes, convence manifiestamente que los yerros y pecados de estos nuestros indios, más que de mal afecto y refinada malicia, proceden por lo común de ignorancia y ligereza de carácter.

Ya sabe V. R. que en la vasta cuenca del río Tago, que con un barotillo ligero es navegable como tres jornadas á regular andar, hay infieles de varias razas, que reclaman con urgencia la labor y celo de un misionero, que pueda ocuparse de ellos con la debida detención. Divídense estas razas en mandayas, manobos y mamananuas. Los mandayas están ya casi todos reducidos y bautizados, viviendo algunos de ellos agregados al pueblo civil de Tago, por tener sus plantaciones cerca del mismo, mientras los restantes forman la Reducción llamada Alba, la cual está situada á la derecha del río, como á una jornada de la barra. Respecto á éstos, como se ve, ya está hecho el trabajo principal: basta irlos regando con visitas y exhortaciones frecuentes, para que echen profundas raíces y se hagan árboles frondosos en la fe cristiana. ¡Ojalá pudiera decir á V. R. otro tanto de los manobos y mamananuas! Para que V. R. esté al tanto y pueda ordenar con conocimiento de causa lo más conveniente á la reducción y cristianización de estas dos razas, es del caso decirle cuatro palabras sobre cada una de ellas.

Los manobos del Tago se dividen en naturales del

río, y en emigrados del otro lado de los montes, esto es, de la cuenca del Agusan, conocidos entre ellos con el nombre de *luyohanon*, que quiere decir de la otra banda. Estos últimos son en mayor número, y podríamos apellidarlos con ironía el *genus electum*, ó bien en sentido recto la hez y escoria del Agusan, de donde proceden y de donde huyeron por varios motivos; los unos por miedo á los soldados, que les perseguían por razón de sus fechorías sin cuento, y los otros por evitar las correcciones de los Padres de aquellas partes, que con tanto celo y envidiable solicitud les querían enmendar y hacerles vivir vida social. Esto solo bastaría para conocer la bajeza y rebeldía de dichas gentes, y la consiguiente dificultad para su cristianización. Pero todavía hay otras causas, que, obrando de consuno con las indicadas, casi harían desesperar á un misionero, si no pusiera su principal confianza en la sangre de Cristo, derramada por todos.

Fuera de esto, debo decir á V. R. para su consuelo lo que se ha hecho respecto á dichos manobos. Luego hará tres años que visité por primera vez al grupo más próximo á Alba, que sin embargo dista de allí una jornada de baroto á buen navegar. Lo único que pude conseguir en ella fué que me recibieran en sus guaridas y escondrijos; lo cual no fué tan poco que digamos, pues temía que se escaparían todos bosque adentro, antes de mi llegada. Gracias á Dios me recibieron bien, á su manera, pero con singular prevención. Estaban creídos los infieles que llevaba yo conmigo, ó al menos á retaguardia, un gran cuerpo de tropa para prenderlos á todos. Por más protestas que les hice, no podía despreocuparles de su tan necia como profunda prevención: estaban que no les tocaba la ropa al cuerpo, si bien muchos de ellos se presentaban con el traje de Adán inocente, cubriéndose lo más preciso con un sucio trapito. Toda la noche estuvieron de vigilancia algunos, por si olían de lejos la temida sorpresa de sus soñados soldados. Al día siguiente les indiqué la idea de formar pueblo, y de darles justicia que arreglase sus continuas y eternas diferencias. Pero tuve que decir lo de la zorra: están verdes las uvas de parra. Sin embargo, me prometieron que, si les daba un plazo hasta otra entrevista, lo consultarían entre tanto, y luego me contestarían. Convenido así, les di algunas copitas de vino de nipa, por el cual deliran, y luego después de varios incidentes logré hacerles prometer que, por serme á mí muy penoso el llegar á aquel punto tan internado, saldrían á recibirme á la barra del riachuelo de su vivienda, y que allí levantarían un cobertizo para pernoctar. Hecho esto, me largué río abajo, por una parte contento como un perrillo bien merendado, y por otra melancólico y apesadumbrado, considerando la dureza de aquellos corazones de bronce, tan apartados del conocimiento del verdadero Dios.

Segunda visita. Como veo que esto va ya demasiado largo, me concretaré á resumir. Llegado el plazo, remonté de nuevo el río para conferenciar con aquellas potencias. Hallé algunos manobos en el punto convenido, y preguntados por el cobertizo prometido, me respondieron con la mayor frescura:

—Al empezar el roce del terreno, cantó el *limocon*, que creímos de mal agüero, y nos largamos de aquí.

—¡Válame el Señor, les dije, que hombres tan valientes como vosotros teman á un miserable pajarillo!

—¿Qué hacer, Padre, me dijeron, si esta es nuestra creencia?

Nuevo plazo, pues, y nuevas condiciones.

Llegado ya ese plazo me personé allí, y vi un cobertizo, malo, sí, pero de mucho consuelo para mí; pues ya sonaba aquello á principio de victoria. Allí, pues, me albergué, hablé largo con aquellos salvajes y perdonavidas, y luego, llegada la hora, nos tendimos á la bartola, pero siempre con las piernas encogidas, por no caber tendidos en aquella covacha. Desde luego que antes de dormirnos les hice servir la reglamentaria copa de vino. En la madrugada encomendé mi asunto á San Francisco de Regis, cuya fiesta celebrábamos, y luego después de alto ya el sol, se reanudó el parlamento, interrumpido por el sueño de la noche. En esta visita ya pude nombrarles justicias, y me prometieron que levantarían casas, con tal que por entonces no les mandase recibir el bautismo. Les dije que yo bautizaría con gusto á cuantos lo pidieran; pero que eso de forzar á recibir el bautismo nunca lo hacen los misioneros. Así las cosas, les he visitado ya dos veces más, y tienen ya dos casas habitables y algunas empezadas. Espacio van, pero del lobo un pelo. Los sácope de esta Reducción incipiente no son más que unos veinticinco matrimonios; como á media



MANDCHURIA.—Soldados rusos, una mujer y un niño. (Pág. 319)

jornada hay otro grupo igual, poco más ó menos. No he podido verle aún, pero espero que al fin se reducirán.

Como á jornada y media más arriba me aseguran que hay otro grupo de manobos, que según me dicen son de unos cincuenta ó sesenta matrimonios. Su jefe es un fugado de la cárcel de Surigao, y esto hace subir mucho la dificultad de la Reducción. Siempre huye el cuerpo, como quien teme y debe temer. Dentro de poco pienso ir otra vez á aquella tierra, por ver de amansar á aquellas fieras. ¿No podría enviarme alguna cosa de quincalla, como medio de atracción? Así lo espero. Basta ya de manobos por ahora, y toquemos un poco los mamanuas.

Estos son para mí los más infelices de los hijos de Adán. Ni aproximadamente sé cuántos sean, y es difícil el saberlo por la vida singularmente nómada que llevan, llevando siempre consigo todos sus haberes, que son la lanza y algún perrucho para cazar jabalíes. Parece que por lo común vagan estos pobrecitos no lejos del origen del Tago, corriéndose hacia la cuenca de Cantilan. Son tan desgraciados, que hasta los manobos les miran con desprecio. Vea V. R. si halla algún medio de acercarlos á Dios.

Como síntesis digo que la reducción y cristianización de la raza manoba en el Tago ofrece graves dificultades, y la de los mamanuas mayores todavía. Espero, pues, que V. R. me ayudará á vencerlas con sus oraciones, con sus consejos y con limosna á propósito, que son tres palancas todas de primera orden.

Noticia de la Reducción de San Miguel.—Visita á los manobos

En carta posterior escribe desde San Miguel al mismo P. Raimundo Peruga:

Preguntará V. R. qué es este San Miguel, en que fecho mi carta? ¿Qué se mete el P. Peruga con San Mi-



MANDCHURIA.—Viejos cosacos. (Pág. 319)

guel, que está muy ocupado allá en el cielo, guardando con su espada el trono de Dios, amenazado por los Angeles rebeldes? Satisfaré á sus preguntas. Este San Miguel es un pueblo incipiente de manobos, todos infieles aún, situado en una feracísima llanura á orillas del río Tago, como á dos jornadas del mar. Me pareció llamarle San Miguel, y darles por patrón á tan glorioso Arcángel, porque juzgo que es el nombre y patrón que mejor cuadra al carácter y bravura de estos manobos; y porque así como en la altura del cielo desenvainó animoso su espada, cuando fué necesario, también hará otro tanto, cuando llegue el momento oportuno, aquí en estas alturas del río Tago, derribando el alcázar del genio del mal, enseñoreado ahora de esta gran comarca, y levantando un trono bendito á nuestro divino capitán Cristo Jesús. Dados ya estos antecedentes, sigamos nuestra relación, ó mejor diré comencémosla.

Como V. R. sabe por anteriores informaciones, tres eran las razas infieles que poblaban esta hermosísima cuenca del Tago; la mandaya, no lejos de la barra; la manoba hacia el centro, y la mamana en los montes que dan origen á este río. La mandaya, que á Dios gracias, está ya toda bautizada, excepto un solo matrimonio, que con su obstinación y rebeldía es una demostración patente de la completa libertad con que todos los demás han recibido el santo Bautismo. La raza mamana puedo asegurar que ha sido exterminada por la bravura del manobo, pues que los mamanas que no han sucumbido al aguzado filo de su bien templada lanza, llevados del terror y espanto consiguientes se han corrido hacia los montes de Cantilan, Gigáquit y Mainit. Queda, por lo tanto, solamente ahora en batalla la raza manoba. Dos palabras sobre ella. Aunque todos ellos son manobos, son sin embargo de dos procedencias; lo cual aumenta la dificultad en la reducción. Los unos son naturales de este río Tago, mientras que los otros, que son los más, proceden del río Uaua, tributario del Agusan, como es sabido. La razón de su traslación á este punto les honra muy poco; pues según ellos dicen, se trasladaron por no quererse reducir á la vida civil y cristiana, si bien otros añaden que también dejaron su antigua vivienda por huir de las continuas vejaciones y atropellos que allá recibían principalmente de los soldados. En mi concepto ambas razones, bien pesadas y examinadas, prueban de consuno que los tales manobos son la hez y escoria de allende estos montes; que no pudiendo continuar viviendo en sus antiguas moradas con la independencia que heredaron de sus mayores, se acogieron á esta cuenca, creyendo equivocadamente que nadie se metería aquí con ellos.

¿Y son muchos esos manobos? preguntará V. R. Son pocos relativamente á la vastísima cuenca de este río, en la cual no dudo en afirmar que cabría, y con mucha holgura, un numerosísimo distrito; hay muchos páramos y desiertos. Respondiendo ahora á la pregunta de vuestra reverencia, digo que según cálculo aproximado, en esta cuenca se albergan unos setenta ú ochenta matrimonios manobos, diseminados, mejor diré repartidos en tres grupos, unos aquí al rededor de San Miguel, de unos treinta matrimonios; otro cerca del origen del río, que cuenta sobre quince, y el tercero á unas cuatro leguas de aquí en un afluente llamado Abagá, que

según dicen es el más numeroso. El grupo de San Miguel es el de mayor esperanzas por ahora, pues en su mayor parte está ya levantando sus casas aquí en el pueblo, si bien en orden al bautismo muchos de ellos están reacios por las razones antes apuntadas. Sin embargo, espero en Dios que una vez hechas sus casitas, no faltará quien lo reciba de buen grado.

El grupo de río arriba acabo de visitarlo ahora; vive á dos jornadas de San Miguel con muy difícil navegación por lo impetuoso de las corrientes y por mil embarazos de troncos y pedruscos enormes. Estos impedimentos dificultan mucho el remontar el río; pero el descenso no es menos difícil, y raro es el baroto que desciende tan largo trayecto sin naufragar una ó más veces, y quiera Dios que no se haga pedazos al estrellarse contra algún peñasco. Con esto quiero decir que se necesita gran fuerza de voluntad para llegar á aquel punto. Mas al fin quiso Dios pudiese llegar allá, hoy ha tres días. Con un día de anticipación mandé un despacho de manobos, avisándoles que iba yo solo á visitarles sin soldado alguno, acompañado de los necesarios grumetes, y que por lo tanto se reuniesen sin temor para recibirme. Sin embargo, al principio hallamos desiertos sus pobres albergues, sin tener nadie que nos hospedase por el pronto, con estar ya la noche empezando á cobijarnos bajo sus negras sombras; por fin después de algún rato oímos una voz que nos llamaba desde la espesura del bosque. Era uno de nuestros enviados un día antes, el cual con algún sujeto más que allí se presentaron nos ofrecieron una pobre casita no lejos del río. Fuimos allá con nuestro modesto matalotaje, y allí hallamos algunos sujetos más; pero todos llenos de un miedo receloso, mal disimulado. Fundado en aquello de que dádivas quebrantan peñas, abrí luego mi pequeña provisión de regalitos; di una copita á los varones y agujas á las mujeres. Con esto no sólo empezaron á franquearse los presentes, sino que luego acudieron muchos otros, los cuales según creo, estaban en observación de lo que yo decía y hacía. Pero el anciano, á quien ellos más respetaban, y de quien yo más necesitaba para mis intentos, no se dejó ver hasta eso de las nueve de la mañana siguiente. Por fin después de varios recados y embajadas, como dicen estos orientales, se presentó el anciano esperado. Estaba el pobre tan sobrecogido, que al entrar en la casa lejos de saludarme, como procedía, me dió la espalda, hablando entrecortadamente con los que estaban á mi frente. Le llamé con cariño invitándole á que se sentase á mi lado; lo cual me costó trabajo; porque era tal el miedo de mi amigo que ni la camisa le tocaba al cuerpo. Luego con los obligados regalitos, empezó á comunicarse con menos desconfianza. Como la materia estaba mal dispuesta para recibir lecciones de espíritu, me concreté á decirle sobre esto, que en orden al bautismo yo nunca le forzaría, pero le hacía saber que el bautismo era el único medio para ser siempre feliz. Luego le intimé la orden de formar pueblo en unión de sus conmanobos de San Miguel, y que por lo tanto debían abandonar aquella morada tan aislada. Mi hombre, antes tan tímido, empezó á desplegar su facundia silvestre, y cuando se veía embarazado en sus razones, le ayudaban sus como ministros, cada cual según su saber. Soltadas todas sus

dificultades, una tras otra, convenimos en que ya no plantarían nada más en aquel punto, y que dentro de catorce días bajarían todos los varones á abrir su nueva siembra en el punto que les designé como á tres leguas de esta ranchería de San Miguel. Hecho el contrato entre ambos plenipotenciarios, se extendió y firmó luego por ambas partes en el único papel que se expende en las administraciones de estos ríos, consistente en un bejuco que por el número de nudos que en él se hacen, señala el número de días ó plazo prefijado para el cumplimiento de lo estipulado. Respecto á hacer casa en este pueblo, me prometieron levantar su casa al año siguiente, porque ahora no pueden por su pobreza. Convenido todo esto, me despedí cortésmente de aquellas gentes, que ya se habían hecho amigos.

Como veo que me voy haciendo algo largo, diré una palabra sobre el otro grupo que habita á unas cuatro leguas de aquí. Este grupo con estar tan cerca, es el más cimarrón y rebelde de todos: una vez fuí á visitarles en sus guaridas, y todos huyeron como fieras, sin que pudiera hablar con uno solo. En varias ocasiones les he enviado recados de amistad; pero nones, siempre contumaces. Parece que tienen estipulado con Satanás de no presentárseme jamás. Con todo, no pierdo la esperanza de reducirles á vida civil, sobre todo cuando este barrio de San Miguel llegue á tener alguna consistencia y buena perspectiva; esto se entiende de tejas abajo, que de tejas arriba sabido es que todo depende de la gracia de Dios y del Espíritu Santo que *ubi vult spirat*. En resumen: los manobos que pueblan este río Tago son en general fieros y recalitrantes; pero con el tiempo, y llevándolos con prudencia, no dudo de que al fin se rendirán al yugo de Cristo.

Los pueblos cristianos van siguiendo su marcha regular, sin novedad especial que yo sepa. El barrio de Tigao ha crecido indeciblemente, ya pasan de mil sus habitantes, cuando siete años atrás no llegaba á doscientos. Cuando pueda visitarles, pienso hacer levantar allí la futura iglesia, que en belleza y solidez ha de ganar, Dios mediante, á la de Tandag. En Tago ya sirve al culto la iglesia nueva, que á mí me gusta más que la de Tandag. Ahora hacen allí dos grandes caleros para acabar el tabique pampango, y para levantar el muro de la fachada hasta siete varas. Pero ¿cómo puedo yo acudir á tanto movimiento de obras, y á la administración de tantas almas, cristianas é infieles? Espero que la contestación ó solución á tan magna dificultad me la dará V. R. del modo que sabe y puede.

MANDCHURIA Y SIBERIA ORIENTAL

POR EL R. P. ADRIANO LAUNAY, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS

XII Y ÚLTIMO

Apostolado del Ilmo. Verrolles y de sus misioneros (conclusión)

EN el buque que me conducía á la ciudad rusa, refiere el R. Boyer, el capitán ya me dejó entrever que mi llegada podría excitar sospechas: sin embargo, estaba lejos de adivinar la recepción que se me hizo.

«Apenas echada el áncora, el capitán me pidió que le aguardase antes de bajar á tierra, y fué á visitar al gobernador de la provincia. ¿Me denunció él mismo como espía? Lo ignoro; mas lo cierto es que á su regreso me anunció consternado que el almirante le había reprendido ásperamente por haberme recibido á bordo sin examinar mis papeles, y añadió que sin pasaporte especial no podía desembarcar, y debía volverme el día siguiente con el vapor correo.

«Protesté enérgicamente contra esta insólita medida, tanto más cuanto no se había pedido ningún papel al R. Franclet.

«Por otra parte mis documentos chinos eran suficientes para probar mi identidad. Por fin obtuve que se me permitiera bajar á tierra hasta la llegada del gobernador general.

«Aprovechando esta libertad, pedí ser conducido á casa de un católico, el Sr. Zamoiski, oficial de marina. Este buen polaco me recibió gustoso, y puso á mi disposición dos habitaciones muy decentes, en una de las cuales celebré Misa el día siguiente, á la que asistieron unos treinta católicos de todas condiciones.

«El segundo día bauticé dos niños.

«Según noticias había unos dos mil católicos en la provincia y más de cuatrocientos en la ciudad.

«De este número las dos terceras partes son soldados distribuidos en las diversas guarniciones, donde es imposible hablarles sin especial autorización. El otro tercio se compone de oficiales y de cierto número de cosacos ó colonos militares establecidos en el Usuri, á quienes apenas puede visitarse á no ser en barca.

«Hállanse algunos asimismo en las costas del mar del Japón, donde se construye el puerto militar de Vladivostok.»

Viendo inútil su presencia, fallidas sus esperanzas y de imposible ejecución las órdenes del Ilmo. Verrolles, el misionero partió para Kabarovka, donde el R. Dubail tampoco había obtenido resultado alguno.

Al revés de lo ocurrido hasta entonces, el R. Boyer fué muy mal recibido por los *yu-pi-ta-tzes*.

Decíase que habían llegado nuevas órdenes motivadas por la persuasión de que los sacerdotes extranjeros fueron á buscar á los rusos para dirigirles en una expedición naval por el Sungari. Estas órdenes habían enteramente cambiado las disposiciones de los soldados y aun de los tártaros, que se mostraron exigentes é intratables.

Con paciencia y firmeza el R. Boyer pudo disipar los temores, reducir á los malévolos y salir del país sano y salvo.

Sin embargo, hubiera sido imprudente dejar á las Autoridades chinas bajo esa mala impresión, y el misionero se dirigió á San-sing, con objeto de entrar en relaciones con los mandarines de esta ciudad, y exponerles la verdad de sus intentos.

Las primeras entrevistas fueron glaciales, y para salir de una vez de situación tan espinosa, el misionero pidió una audiencia al mandarín superior, Fu-tu-tung.

Este opuso numerosos pretextos, y envió al misionero varios mandarines de botones blancos y azules para explicarle la imposibilidad de la entrevista. Esta era la

ocasión de los argumentos de mayor peso, y comprendiéndolo así el R. Boyer, hizo á los magistrados este dilema:

—Tengo que tratar algunos asuntos con el gobernador, y hay que examinarlos amigablemente en una entrevista; en caso contrario voy á dirigir una acusación y exigir que se traten según justicia.

Entonces el gobernador ya no se vió imposibilitado por la enfermedad ó las ocupaciones, y recibió al sacerdote europeo en audiencia solemne.

Todos los mandarines de la ciudad estaban presentes.

El R. Boyer expuso el motivo del viaje de los misioneros á Nicolaiewsk, las dificultades que se le opusieron á su regreso entre los yu-pi-ta-tzes, haciendo recaer la responsabilidad de ellas sobre los magistrados, que dieron órdenes hostiles.

El gobernador defendió á sus subordinados con una reserva de buen gusto, y acabó por pedir al R. Boyer que les excusase, prometiéndole que en lo sucesivo todo sacerdote católico podría, sin cortapisas, predicar la Religión del Señor del cielo en la prefectura de San-sing y entre las tribus de la orilla derecha del Saghaliano.

El R. Boyer, que no deseaba otra cosa, tomó acta de la promesa del gobernador, y declaró que desistía de toda reclamación.

Quince días más tarde estaba de regreso en Pa-kia-tze.

Esta era la cuarta expedición que los misioneros de Mandchuria intentaban entre las tribus tártaras y en las posesiones rusas: la primera, del R. de la Brunière, había terminado en sangre; la segunda, del R. Venault, no tuvo otro resultado que averiguar la verdad acerca la muerte del R. de la Brunière; la tercera, de los RR. Venault y Franclet, sentó las bases para el porvenir y preparó el camino á los futuros misioneros; y por fin la última sólo consiguió hacer patente la oposición de los rusos, la desconfianza de los chinos y la indiferencia de las poblaciones tártaras.

Si hubiesen de juzgarse los méritos del apostol por sus éxitos, los misioneros que intentaron estas empresas sólo tendrían derecho á escasa recompensa; pero no es á la victoria sino á la lucha á quien Dios otorga la corona. Ahora bien, la lucha los predicadores del Evangelio la hallaron por do quier: largos y penosos viajes, alimento insuficiente, clima riguroso, cristianos tibios, cismáticos hostiles, paganos indiferentes, he aquí lo que encontraron en todas partes.

¡Oh dignos y santos misioneros! el Señor vió vuestros prolongados días de tristeza en las chozas de Fu-ting y de Kabarovka, contó vuestros pasos en las heladas rutas del Sungari y del Saghaliano; y de vosotros, lo

mismo que de los que han recogido opima cosecha, se ha dicho con toda verdad:

«¡Cuán bellos son los pies de los que evangelizan, de aquellos que llevan la paz al mundo.»

El principal autor del fracaso de las dos últimas expediciones fué el Gobierno ruso, que rehusaba á los sa-



MANDCHURIA.—Tártaros deportados

cerdotes católicos franceses el permiso de ejercer en sus posesiones un ministerio de paz: apenas consentía que los sacerdotes polacos administrasen los Sacramentos á sus compatriotas. El Czar, como todos los potentados de Oriente, como los emperadores de la antigua Roma, es el jefe religioso de su imperio, quiere ser solo, y opone impenetrable barrera al celo apostólico. No hace mártires, porque sabe que la persecución san-



MANDCHURIA.—Vista de Kazakevitche, junto al Ussuri

grienta engendra más adeptos que apóstatas: dobla sus aduanas, aumenta el número de sus agentes de policía, echa en la miseria y el destierro á quienquiera no abdica poseer la libertad de creer y orar.

Bajo este respecto, la Inglaterra protestante es mucho más tolerante y civilizadora: en todas partes donde está reconocida su soberanía, abandona sus hostilidades y suspicacias de los comienzos de la conquista, y se muestra ordinariamente justa y á veces benévola.

Ojalá que el porvenir sea menos triste que el pasado, menos sombrío que el presente, y que los czares comprendan que el Catolicismo, si bien reconoce el Pontífice Romano como su jefe espiritual, ninguna fuerza quita á las Autoridades legítimas, y jamás disminuye el amor á la patria.

Desde aquella época los misioneros no han hecho ninguna tentativa de evangelización en las provincias rusas; han concentrado todos sus esfuerzos en las tres provincias chinas del Leao-tong, del Ghiren y de Heilung ó Tsi-tsi, y el soberano Maestro ha bendecido sus esfuerzos.

En efecto, en 1895 el país, que en 1840 apenas contaba 3,000 cristianos, se elevó á 17,000; esto es relativamente poco, toda vez que la población total asciende á veintidós millones; pero cuando se considera la falta de recursos del misionero y los mil obstáculos con que tropieza todos los días, podemos regocijarnos de este resultado, presagio de otros mayores. No hay que olvidar que, por regla general, cuanto mayor es el número de cristianos en un país, más fácil es aumentar el de conversiones de los infieles. Toda familia, todo pueblo católico es un punto de apoyo, un centro desde donde

irradia, con la luz del Evangelio, la influencia del apóstol, y por tanto la acción de la gracia.

Para convertir á estos veintidós millones de paganos, y dirigir á los 17,000 cristianos, dispersos en 24 distritos y 170 estaciones, el vicariato apostólico de Mandchuria tiene 1 Obispo, 30 misioneros, 8 sacerdotes indígenas y 30 catequistas. Se han fundado obras de caridad y celo que hacen circular en este gran cuerpo una vida católica más activa, más intensa y rica. Hay 3 Seminarios con 49 alumnos, 97 escuelas ú orfanatos con 2,785 discípulos. Las Religiosas de Europa y las indígenas rivalizan en abnegación: cuéntanse 40 Religiosas indígenas del Sagrado Corazón de María, 203 vírgenes chinas, 12 Religiosas francesas y 20 Religiosas chinas de la Providencia de Portieux.

El número de conversiones aumenta todos los años: en 1894 la cifra de bautismos de adultos se elevó á 852: las conversiones de herejes 32, y el número de bautismos de niños paganos á 5,184.

Dígnese la gracia de Dios tocar el corazón endurecido de tantos infieles sentados aún en las sombras de la muerte.

EN LA COSTA DE ORO

(AFRICA OCCIDENTAL)

DIARIO DEL R. P. GALLAUD

II.— En Elmina (conclusión)

Religión

EN la Costa de Oro lo que atañe á la Religión está envuelto en misterios que á un extranjero nunca le es dado describir enteramente. La mayor parte de las explicaciones que con dificultad obtiene son poco

satisfactorias, pues ó los negros no quieren decirlo todo, ó, lo que es más probable, son sumamente ignorantes en lo que podría llamar la parte dogmática de su Religión. Por lo demás, esta ignorancia sólo sorprende á los europeos católicos. El Protestantismo, en sus mil formas, no deja en el espíritu de sus partidarios más certeza que el Paganismo. Los protestantes wesleyanos de Elmina no admiten más que dos sacramentos: el Bautismo y la Cena. Uno de ellos á quien se podía suponer más instruido que muchos otros, porque desempeñaba á la vez las funciones de institutor y de agente espiritual en los lugares donde no había ministro, venía á vernos con frecuencia. Su ambición consistía en que la Misión católica le admitiese como maestro de escuela. Era un excelente sujeto á quien parece repugnaba la mentira. Repetidas veces le preguntamos si creía en la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía y en la necesidad del Bautismo para salvarse. Sus respuestas eran tan vagas que nunca pude saber á punto fijo lo que pensaba sobre estos dos puntos. En vista de esto ¿cómo asombrarse de que un pagano tenga pocas creencias seguras?

Dios y los fetiques

Los fantís creen en un solo Dios, dueño soberano de todo lo que existe, á quien llaman Nyankopu. Este Ser supremo mora en el cielo con las almas de los buenos; y los paganos le toman por testigo en sus conversaciones: «Nyankopu lo ve... Nyankopu lo sabe... Nyankopu no te bendecirá, etc.» De él dependen asimismo la vida y la muerte, la salud y la enfermedad: «Si Nyankopu no te mata, no morirás... Nyankopu envía la enfermedad.»

Por otra parte existe el demonio, que es Abosano ó espíritu malo, que reina sobre los malos después de su muerte. Habita el infierno, que denominan Abosamkuru (la ciudad del demonio).

Pueblos que tienen de Dios tales nociones debieran tributarle homenajes, dirigirle oraciones y ofrecerle sacrificios; y no obstante, reservan sus sacrificios y oraciones para los fetiques.

Estos no son objetos materiales como la madera ó la piedra, sino espíritus dependientes de Dios, y á los cuales está encomendada tal ó cual ciudad, esta ó aquella familia, etc. Pueden hacer bien ó mal á los hombres, mal sobre todo, y por esto generalmente se les invoca. Los hay que á veces entran en el cuerpo de una persona, y entonces ésta se pone á bailar y gesticular furiosamente.

Estos espíritus habitan en los árboles ó las rocas. En la misma colina donde está construída la Misión de Elmina hay dos de los más poderosos fetiques.

No se hallan en esta ciudad esas inmundas figuras de fetiques tan comunes en la Costa de los Esclavos. Las figuras labradas son poco numerosas y muy sencillas. Los fetiques tienen generalmente habitaciones naturales, como ciertos árboles, escogidos entre los más corpulentos. Uno de aquéllos tiene la propiedad de hacer invisibles á cuantos le adoran. Basta para eso, antes de ir á la guerra, quemar un poco de leña del árbol que le está dedicado: así creen á puño cerrado que volverán vencedores del combate.

—Pero ¿por qué, dije cierto día á un pagano, no que-

masteis de esta leña cuando vinieron los ingleses á bombardear á Elmina?

—Ya lo hicimos, me contestó; pero el fetique estaba irritado contra ciertas mujeres que vivían mal, y nos abandonó á los europeos.

Encuétrase ordinariamente, delante de las pretendidas habitaciones de los fetiques, un gran vaso que contiene agua, vino de palma, hojas, huevos y mariscos. Cuando el fetique quiere anunciar el porvenir agita todas estas cosas, que le sugieren lo que debe predecir sobre una persona ó un acontecimiento.

Atribuyéndose cierto número de efermedades á un fetique que establece su morada en el cuerpo de los hombres, empléase la astucia para desembarazarse de él. Inmolan á ese espíritu malo un animal, comúnmente un perro, que llevan en seguida fuera de la ciudad, con la esperanza de que el fetique abandonará el enfermo para entrar en el cadáver de la bestia.

Los brujos

El brujo es una persona que ha hecho pacto con el demonio. Por la noche, cuando todo el mundo duerme, el brujo abandona su cuerpo casi al modo que la serpiente se despoja de su piel, y recorre el país. En este momento le salen llamas por los ojos, la nariz, la boca, las orejas y aun los sobacos. Puede andar de cabeza y en cualquier otra posición. Caza animales y los come. Si quiere se transforma en leopardo, serpiente ó antílope. Puede hacer morir á las gentes bebiéndoles la sangre, ó apoderándose de su alma, que hace cocer y la come. A veces se contenta con morder á las personas, lo que tiene por efecto cubrirles de úlceras, que si quiere cura en un abrir y cerrar de ojos.

Créese también que ciertos brujos se sirven de su poder sobrenatural para enriquecerse en el comercio.

Una palabra sobre los amuletos (*suman*). Estos sirven á la vez de remedios en las enfermedades presentes y de preservativos contra las futuras. Son ordinariamente formadas de diversas substancias, como plumas, cabellos, perlas, pedazos de cuero ó de papel, dientes de peces ú otros animales. Los llevan á menudo pendientes del cuello; no siendo raro verlos en los brazos ó las piernas. No todos tienen las mismas propiedades: unos curan ó preservan de una cosa, otros de otra; pero gozan todos de la misma eficacia.

Ceremonias

No faltan ceremonias más ó menos religiosas en la Costa de Oro.

Así al nacimiento de los mellizos, del tercer hijo, del séptimo y siguientes hasta el oncenno, celébrase el *abam*, que se componen de purificaciones hechas con cierta hierba; dase al infante un brazalete que debe llevar toda la vida. El *abam* se renueva á cada cosecha.

En los esponsales el futuro esposo deposita vino de palma ante los jefes, y les manifiesta su intención de tomar por esposa á la joven que les presenta.

Cuando una persona acusada ha sido hallada inocente, ó una mujer ha obtenido de su marido la libertad de casarse con otro hombre, cúbrese el rostro y las espaldas con greda, y todos comprenden que es ya libre, pues el color blanco es entre ellos emblema de libertad.

Si una mujer pierde á su marido debe vestirse de negro, como en Europa; mas el tiempo de luto varia según el color del difunto. La viuda de un mulato se viste de negro durante tres años, y después de este tiempo se presenta con traje blanco, pudiendo en seguida vestirse á su gusto. Le es permitido pasar á segundas nupcias durante el tiempo del luto, que es menor cuando el difunto pertenece á la raza negra. Cierta collar que se cambia el día del segundo matrimonio acompaña los vestidos negros.

Todo el mundo sabe que los collares de perlas más ó menos ricas desempeñan importantísimo papel en la Costa Occidental de Africa. He contado cuarenta y seis especies, y sin duda son muchos más. Para los negros cada uno de ellos tiene significación especial.

Los funerales

No sin intención he dado á las ceremonias que los fantis paganos hacen en honor de sus muertos el nombre pomposo de funerales. Hay pocos puntos en la tierra en los que se despliegue mayor solemnidad.

Apenas ha exhalado alguien el postrer suspiro cuando empiezan las lamentaciones, exclusivamente reservadas á las mujeres, dando el tono la madre, la viuda ó la hija mayor, y este tono, aunque cadencioso, es tan triste y acompañado con tantas lágrimas que cuantos lo oyen por primera vez no pueden menos de creer que revela un dolor muy profundo. La que dirige el duelo baja á la calle, sola ó acompañada de sus próximas parientes, y da al aire las lúgubres notas de su canto. Debajo de nuestras ventanas vi una niña de diez años haciendo lamentaciones por su madre con tanta perfección como una vieja llorona.

Apenas se han oído las primeras lamentaciones, los músicos, los amigos del difunto y... del ron acuden presurosos á la casa mortuoria. Las mujeres se acurru-can junto al cadáver, y empiezan á dar gritos y sollozos de una manera tan natural que cualquiera los creería sinceros. Con frecuencia he visto á la menor señal callar todas esas lloronas y contener sus lágrimas como por encanto. De vez en cuando la parienta más próxima del difunto le llama por su nombre, añadiendo las más tiernas expresiones del vocabulario fanti: «¡Pobre amigo mío! ¿por qué me has dejado? ¡Despiértate!... ¡Ea, anda!... ¡No quiero que me dejes sola!...»

Delante de la casa los músicos baten con fuerza sus tambores, y cantan á voz en cuello un himno de triunfo: «¡Está libre! ¡Está libre! Bastante sufrió en la tierra; ahora descansa;» y otras palabras por el estilo.

Tocante al muerto, primera lo lavan, luego lo cubren con sus mejores vestidos y lo tienden en una cama para que reciba los homenajes de los visitantes. Cada uno de éstos toma un vaso de ron, derrama algunas gotas á modo de libación por el difunto, y luego bebe el restante. Cuanto más rica es la familia, más numerosos son los visitantes. Débese ofrecer ron tanto tiempo como está expuesto el cadáver. Así sucede, sobre todo cuando se trata de niños, que se haga el entierro lo más pronto posible, y á veces dos ó tres horas después de la muerte.

He oído decir que algunos paganos se contentaban con envolver los niños en una estera antes de enterrar-

los. Entre los cristianos, los más pobres mandan hacer un ataúd de madera barnizada, con un bonito almohadón para apoyar la cabeza del muerto, y encierran con el cadáver todos los vestidos que le pertenecían.

Antes de llegar los ingleses á Elmina los negros enterraban á los muertos en sus propias casas: hoy esto está absolutamente prohibido. Sin embargo, oí decir que á veces despistan á la policía paseando por las calles un ataúd vacío que entierran solemnemente fuera de la ciudad, mientras en otro ataúd sepultan al difunto en su propia casa. Los negros paganos quieren tener cerca á sus difuntos para obsequiarles con un banquete el día aniversario de su muerte.

Llegada la hora del entierro redoblan el llanto, la música toca con brío, y fórmase el séquito. Abren la marcha varios negros llevando en la cabeza el ataúd, siguen las parientas más próximas del difunto con la cabeza afeitada y haciendo lamentaciones, los músicos y las mujeres que cantan y palmorean cadenciosamente. El pueblo va detrás sin orden, hasta el cementerio.

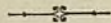
Hay lugares á parte para los suicidas y las víctimas de la viruela, que se entierran lejos de toda habitación y camino público.

Si después del entierro todavía queda ron á disposición de los visitantes y los músicos, continúa el concierto de cantos y tambores, noche y día, durante un mes. Ultimamente, para el entierro de una anciana dicenme que se bebió por valor de dos mil pesetas de ron y otros licores. Ciertamente es que más de un mes les fué imposible á los habitantes del barrio dormir tranquilos.

CARTAGO

NECRÓPOLIS PÚNICA DE LA COLINA DE SAN LUÍS

POR EL P. DELATTRE, DE LOS MISIONEROS DE ARGEL



IV.—Tumba abierta el 30 de Septiembre de 1890

OBLIGADOS á destruir la tumba ya descrita, para continuar la zanja, hallamos otra á poca distancia. Era una celda semejante á la precedente.

Hice su apertura en presencia de los RR. Barthod y Michel, que visitaban las ruínas de Cartago. Esta tumba estaba semillena: en la mitad superior del espesor de la tierra, reconocieron desde luego tres esqueletos, con la cabeza hacia el Sur, esto es, en dirección opuesta á la acostumbrada en esta necrópolis. Además, ciertos huesos, los de los brazos por ejemplo, se hallaban oblicuamente y casi derechos. Al lado de estos esqueletos recogíse una monedita púnica muy oxidada, y por primera vez pequeños lacrimatorios de tierra cocida. Contamos veinte. Algunos estaban rodeados de líneas pardas. Debieron echarlos en la huesa después de la inhumación, pues la mayor parte fueron hallados en la superficie y hechos pedazos.

Recogíse luego un vasito de doble asa, de tierra fina, rojiza en el interior y negruzca en el exterior, y sin barnizar. Esta vasija no tiene el aspecto de los vasos que hallanse ordinariamente en los sepulcros púnicos. Encontróse, además, un vaso de forma púnica, con señales del empleo del torno.

Evidentemente esta cueva funeraria fué utilizada en diversas ocasiones, y estas vasijas indican una época posterior á la construcción de la tumba. En efecto hallóse en el fondo un esqueleto colocado regularmente, con la cabeza hacia el centro de la colina, y acompañada, como de costumbre, de una lámpara púnica, dos redomas y dos vasos de tierra roja, de regular tamaño, rodeados de filetes negros.

V.—Tumba abierta el 4 de Octubre de 1890

Sorpresa mucho mayor tuvimos el 4 de Octubre. Los trabajadores descubrieron á un metro setenta y cinco centímetros de distancia de la tumba precedente, una sepultura muy sencilla en apariencia, pues no era más que una huesa llena de tierra y cubierta con losas.

Limpiando esta tumba se halló un rico mobiliario fúnebre, en el que estaban representados el oro, la plata, el bronce, el vidrio, el marfil, etc. Véase la lista completa de estos objetos:

OBJETOS DE ORO

Frontal ó diadema, de treinta y seis centímetros de longitud, con agujeritos en ambos extremos que permite la introducción de un lazo para fijarlo.

Pendiente para oreja, zarcillo ó mejor broche, terminado en forma de T de extremos abiertos.

OBJETOS DE PLATA

Sortija, simple anillo.

Figurita, representando un hombre en pie, en actitud rígida, la pierna izquierda hacia adelante, los brazos colgantes y pegados al cuerpo. El rostro parece barbudo (treinta y cinco milímetros de alto).

Grano de forma esférica, con agujeros para ser ensartado.

Tablita, de base rectangular y ángulos superiores redondeados, provista de un asidero. Es un amuleto.



SAN IGNACIO EN LA CUEVA DE MANRESA. (Pág. 334)

OBJETOS DE BRONCE

Dos *discos*, cada uno con un anillo al centro. La parte opuesta al anillo es ligeramente cóncava. Son címbalos ó platillos. Los asirios y egipcios conocían este género de instrumento músico.

pintura al bermellón. Estos huevos de avestruz debían ser empleados como recipientes.

Dos pedacitos de materia negra. Uno es una especie de sílice que raya el vidrio y no se funde á la acción del fuego. El otro, por el contrario, de color menos vivo, sometido al calor se funde al momento esparcién-



CARTAGO.—Mobiliario de una tumba púnica

Espejo, de forma circular.
Especie de punta de flecha.
Asa de vaso.

MARFIL, MARISCOS, ETC.

Tablita de marfil, de forma rectangular, de sesenta y siete milímetros de largo por cuarenta y cinco de ancho. Está adornada al cincel, estilo asirio.

Según el Sr. Jorge Perrot, este género de placas de marfil era «uno de los principales artículos de exportación de Tiro, Sidón y Cartago.»

Dos gruesas cabezas de alfiler.

Marisco bivalvo (Pecten). Las dos conchas están sujetas por un hilo de bronce formando doble charnela, semejando una especie de cajita. En el centro de la cara superior de la concha plana hay un anillo de bronce.

Más de ochenta pedazos de huevos de avestruz. Uno de ellos está adornado con un dibujo compuesto de hilos rojos formando una especie de tablero de ajedrez.

Muchos otros restos conservan asimismo vestigios de

do un olor muy pronunciado de asfalto, ó según expresión de uno de mis compañeros, olor de caucho quemado. Parece betún.

VIDRIO, PASTA DE VIDRIO Y OTRAS MATERIAS

Un collar, cuyos elementos, que han podido ser nuevamente ensartados, forman una longitud de un metro cincuenta y siete centímetros.

Aparte algunos granos de bronce ó de ágata, todos los elementos de este collar son de pasta de vidrio. Advuértense en él *cuatro escarabajos*, varias representaciones del dios *Bes*, seis *figuritas* de pasta negra, *cuatro mascarillas*, una *figura alada* de hombre con cabeza de mono, una vaca, un *uræus*, una flor de *loto*, dos *unguentaria* minúsculos, etc., etc. Dos escarabajos son de pasta verde, y otros dos de pasta azul. Fueron moldeados, y no tallados ni grabados.

Una varilla de vidrio irisado (diámetro: dieciocho milímetros).

Millares de perlitas rojas, blancas, amarillas, na-

ranjadas, verdes, pardas y negras. Sin contar las que se han extraviado y roto, representan reunidas una longitud de cinco metros setenta y cinco centímetros. Algunas están soldadas juntas, y en este caso cada grupo se compone de elementos del mismo color.

Esto indica que entraban en la composición de un adorno bordado, sin duda de un pectoral de variado dibujo, en el que cada línea tenía su color particular. Entrando setenta de estas perlitas en una sarta de un decímetro, forman un total de más de cuatro mil.

CERÁMICA

Vaso de tierra gris, de doble asa, adornada con una faja roja entre dos filetes negros. Con su tapadera semiesférica, provista de un botón, este vaso mide treinta y siete centímetros de altura. Hallóse en el fondo una materia negra y parda que contenía la diadema de oro descrita más arriba, con algunas perlas, dientes y huesos humanos.

Dos vasos de tierra roja, de once centímetros de alto cada uno, de panza esférica, descansando en un pie. Estos vasos tienen parecido con la naveta para incensarios.

Dos bocinas de tierra roja, de dieciséis centímetros de altura, bordeadas de filetes negros, sin fondo, y de base y orificio abiertos. Son soportes para vasijas.

Cubiletes de tierra roja, con borde de filete negro.

Patera de doce y medio centímetros de diámetro, de fondo negro, borde rojo y naranja, con dos agujeritos, lo que revela su destino votivo.

Vaso de tierra gris, de doble asa, adornado en la panza con una banda roja con marco de filetes negros.

Tres copas, anchas y bajas, con pie y doble asa negra y barnizada, adornadas exteriormente con bandas negras sobre fondo rojo pálido. Cada una es de diferente tamaño. En la más grande se hallaron la placa de marfil y los millares de perlitas.

Vasito de tierra negra como las vajillas de Cumes, de forma elegante, con una sola asa.

Enoche corintia, de panza casi semiesférica, de base circular y plana, correspondiente al mayor diámetro de la semiesfera, que es de ocho centímetros, de cuello muy corto y orificio en forma de tricordio. El asa se eleva sobre el orificio describiendo elegantísima curva. Su altura, comprendida el asa, es de once centímetros. La panza está rodeada de líneas, unas blancas, y otras de color oscuro. Debajo del nacimiento del asa una zona encierra una hilera de animales de cuerpo adelgazado. El resto de la faja está lleno de puntitos. En torno del cuello irradia un rosetón cuyos brazos están orlados de trazos grabados en la arcilla después de la cocción y de la aplicación de la pintura.

VASIJAS COMUNES

Vaso de tierra roja, de forma cilíndrica, de base cónica y remate de sombrero chinesco, sin cuello, de doble asa: alto de cuarenta centímetros.

Vaso de la misma tierra y de igual forma, más pequeño, no excediendo las dimensiones de un huevo de avestruz.

Dos frascos de forma común.

Una patera de arcilla común.

Una lámpara púnica.

ALABASTRUM

Hallóse finalmente, al lado de esta tumba, un *alabastrum*, de diecinueve centímetros de altura. La superficie tiene un aspecto leñoso, y hay algunas especies de nudos, cuyo tinte oscuro resalta entre las líneas horizontales grises y blancas del alabastro. Para derramar el perfume que contenía se rompió el cuello, y este detalle, que repetidas veces se comprueba en el examen de los mobiliarios funerarios púnicos, puede servir de comentario al *fracto alabastro* de la conmovedora y edificante escena bíblica de Magdalena embalsamando de antemano el cuerpo del Salvador. (*Marc.* XIV, 3).

Un poco atrás de la sencilla y rica sepultura que acabamos de describir, encontróse otra tumba de forma semejante, conteniendo el siguiente mobiliario fúnebre:

Un huevo entero de avestruz, con un agujero en la punta, y sin vestigios de pintura.

Pedazos de otro huevo de avestruz, recogidos al lado del que estaba intacto.

Un frasquito de tierra gris, de base cónica, provisto de una sola asa, de ocho centímetros de alto.

Un gran vaso de arcilla gris.

Dos vasos de mediano tamaño; diecinueve centímetros por veintiuno.

Una pechina de Santiago, concha convexa de un Pecten.

Una hachita de bronce, de diez centímetros de largo.

Un espejo de bronce, circular, midiendo quince centímetros de diámetro.

Un pequeño *unguentarium* de vidrio oscuro, pareciendo opaco, y en cuya pasta están incrustadas líneas curvas de hermosa pasta amarilla, especie de festones invertidos y superpuestos, de muy buen efecto.

Un lingotito de materia negruzca parecida a la resina. Exteriormente parece opaca, pero rompiéndola, en la parte del corte presenta la brillantez de una pastilla de cola fuerte. Sometida a la acción de la llama de una bujía, arde como el lacre, y esparce oloroso perfume. Indudablemente es incienso, pero es difícil precisar su nombre. Sábese, sin embargo, que el loto (en latín *ladanum*), especie de goma odorífera, la empleaban los antiguos para usos fúnebres.

Una piedrecita negra, de líneas blancas paralelas, especie de ágata.

Veintisiete elementos de un collar, entre los cuales la pieza principal es una curiosa mascarilla de pasta de vidrio, y el resto se compone de granos de la misma materia y de ágata. Estos últimos tienen la forma de bolas, cilindros, cubos ó perlas prolongadas.

En la misma dirección descubrióse otra tumba detrás de la precedente, que sólo contenía, con los huesos del esqueleto, los objetos siguientes:

Una lámpara púnica.

Un vaso de tierra roja, de forma prolongada y de una sola asa, ofreciendo la particularidad de que en el punto de unión de las dos partes que el alfarero juntó,

hay un rodete que no he visto aun en estos vasos púnicos.

Dos vasos más grandes que el precedente, adornados con filetes negros.

Tales fueron los principales descubrimientos debidos á las excavaciones de 1890. Después de prolongada interrupción, fueron reanudadas, y pudimos estudiar las necrópolis y las construcciones de épocas diversas que se levantaron en la sucesión de los siglos sobre las tumbas.

HEROÍSMO DE LAS RELIGIOSAS EN EL INDOSTÁN

DE una carta de Bombay tomamos los siguientes párrafos, que dan alguna idea de los trabajos de la benemérita Congregación de las Religiosas de Jesús-María en aquella ciudad, durante el último espantoso período de la peste:

«El general ó gobernador de Bombay (dice), quiso á principios de Marzo establecer hospitales para los atacados de la peste, y desconfiando de las *nurses* (criadas ó enfermeras protestantes), pidió al Arzobispo de Bombay que le mandase Religiosas católicas para servir dichos hospitales. El Arzobispo se dirigió á la Madre Catalina, superiora de las Religiosas de Jesús-María de la casa de Clare-Boad (Bombay), y ésta, habiendo obtenido el permiso de la Superiora Provincial de las Indias, contestó al Arzobispo, que las Religiosas de Jesús-María estaban prontas á prestar sus servicios á los apestados.

«Muchas fueron las Religiosas que, animadas de ardiente celo, se ofrecieron para tan heroica obra de caridad.

«Para que estas Religiosas destinadas á cuidar á los apestados puedan mudarse el traje cada día, han sido substituidos sus velos negros por velos blancos, usando grandes delantales blancos, con mangas y largos guantes, para evitar el contacto con los repugnantes harapos de que están cubiertos los apestados.

«El hospital que tienen á su cargo las Religiosas de Jesús-María es un edificio construido en el corto espacio de ocho días, en un jardín que pertenecía á los mahometanos. Lo sostienen columnas de hierro; el techo es también de hierro, cubierto de tejas; las paredes son de *matting* (especie de tejido de paja).

«El miércoles, 18 de Marzo, víspera de la fiesta del glorioso San José, se trasladaron al nuevo hospital las Religiosas, encontrando ya en él 17 apestados. El jueves, día del Santo Patriarca, se dijo la primera Misa en la capillita del hospital, por el capellán del mismo, R. P. Peteces, de la Compañía de Jesús, celoso misionero que tiene también á su cargo el otro hospital recientemente establecido. Las Religiosas han obtenido permiso para tener en su capilla el Santísimo Sacramento, de donde sacan las fuerzas necesarias para la obra de abnegación que por amor á Jesús han emprendido.

«Ordinariamente hay en el hospital unos 25 atacados. Hasta el 27 de Marzo habían muerto 15, entre ellos cuatro niños que espiraron momentos después de recibir el santo bautismo. Uno de estos niños fué bau-

tizado el día de San José. ¡Hermosas primicias de su celo que las Religiosas tuvieron la dicha de ofrecer al Señor!

«Los pobres indígenas tienen la preocupación de que los atacados que van á los hospitales mueren; y ya por esta idea, ya también para que los agentes de policía no quemén sus cabañas, tratan de esconderse, dando esto por resultado que donde se ocultan dejan el germen del mal, el cual por este medio se va propagando más y más.

«Para persuadir á estas pobres gentes de que en los hospitales, lejos de darles la muerte se les cuida con esmero y solicitud, permiten las Autoridades que los parientes de los apestados permanezcan con ellos en los hospitales. Una mujer mahometana fué conducida al que tienen á su cargo las Religiosas de Jesús-María; llevábala los agentes de policía, y tras ella iba su marido armado con un cuchillo, amenazando dar muerte al primero que tocara á su mujer. Esta infeliz murió á los dos días en presencia de su marido, trocado ya en otro hombre y manso como un cordero; avergonzando de sí mismo decía:

«—No creía yo que las Religiosas pudieran cuidarla tan bien.

«Y echándose á los pies de la Madre C. le pidió perdón.

«—¡Ah! exclamaba, yo no conocía la bondad de estas Religiosas, ignoraba su solicitud para con los enfermos; ¡qué bien los cuidan aquí!

«Las Religiosas imploran sin cesar la protección de Dios por medio del rezo del Santo Trisagio y la invocación de los Santos abogados contra la peste, y hasta ahora no han tenido que lamentar desgracia alguna.

«Otro hospital establecido está á cargo de las Religiosas de la Cruz.

«Las siguientes líneas, extractadas de un periódico de las Indias *The Examiner*, dan á conocer la heroica caridad de las Religiosas católicas y el juicio que su abnegación merece á los mismos infieles:

«Se regocijarán sin duda nuestros lectores al enterarse de los cuidados prodigados á las víctimas de la peste en Bombay, Karachi y Bandora. La obra de los hospitales recientemente establecidos bajo la dirección de las buenas Religiosas de Jesús-María y las denominadas Hijas de la Cruz, no solamente sigue su curso con el celo y fervor que les es propio, sino que además ha recibido calurosos aplausos por parte de las Autoridades competentes y del público en general.

«Ocho Religiosas de la Congregación de Jesús-María de las casas de Clare-Road, Parel y Poona, se emplean en el cuidado de los apestados en el Hospital de Gran Road, mientras cuatro Hermanas, Hijas de la Cruz y dos de la Tercera Orden de San Francisco, en el Hospital de Parel, Government house. Otras dos Hermanas de la Cruz y una Terciaria en Karachi y otras tantas en Bandera.

«No ignoramos la pena que vamos á causar á estas buenas Religiosas publicando el heroísmo de su caridad, mas es un deber de justicia para nosotros publicar la admiración que en todas partes excita su abnegación y desinterés.»

«Nada mejor para dar una idea de esta apreciación

que citar las palabras de *Khan Bahadur Kassim Mitha*, negociante mahometano muy conocido.

«Después de haber visitado uno de los hospitales, dijo que es un error dar á las Religiosas que cuidan á los apestados el título de *Hermanas de la Caridad*, pues es más propio llamarlas *Madres de la Caridad*, pues había visto por sus propios ojos que los cuidados de las Religiosas para con los apestados, sobrepujan á á los cuidados de las madres para con sus hijos. Además, aseguró al general Gatacre que los miembros del Comité mahometano gastando 100 *rupias* (1 rupia=1'50 fr.) por día para distribuir socorros á domicilio, no han logrado ni la décima parte de los cuidados llenos de cariño que las víctimas de la peste reciben de las Religiosas católicas.»

TRABAJOS APOSTÓLICOS DE LOS PADRES FRANCISCANOS EN TIERRA SANTA

Como todos los años, cuando se acerca la Congregación general de la Custodia franciscana de Tierra Santa, el reverendísimo Padre Custodio acaba de dar un curiosísimo documento, en forma de *Carta circular*, que amén de servir de aviso y convocatoria, es la prueba más patente de aquella cómoda cuanto aburrida ociosidad monacal y de aquella espantable ignorancia que tan de mano maestra supo pintar y enaltecer la musa romántica de M. Lamartine. El peregrino turista, el descreído polígrafo que visitó la Tierra Santa allá por los años de 1832, ignoraba sin duda que había de amanecer un día claro y sereno en que los hechos habían de aparecer en toda su hermosa realidad, y su vana palabrería, por tanto, había de quedar relegada al rango de calumnia villana y groserísima contra los seculares custodios de aquellos Santuarios venerandos, hacia quienes debiera haber quedado eternamente agradecido, siquiera por las atenciones que le prodigaron.

Este año tenía el reverendísimo Padre Custodio un motivo más que justificado para dirigirse de esta manera á sus súbditos y darles idea exacta de la marcha general de la Santa Custodia; pues habiéndola visitado toda entera, había podido informarse personalmente de los trabajos realizados de tres años á esta parte, de las necesidades materiales, y de las condiciones del personal con que pueden contar para obras ulteriores, y cuenta que la Custodia de Tierra Santa se extiende, no sólo por la Judea y Galilea, como alguien pudiera pensar, sino que abraza regiones tan extensas y difíciles de recorrer *en diez meses* como son el Bajo-Egipto, isla de Chipre, Anatolia, Siria y Armenia; con lo cual se comprende cuánto ha debido trabajar el dignísimo Superior de Tierra Santa, cuántas fatigas le habrán costado sus viajes complicados por demás, yendo ya por mar, ya por tierra; ya en tren; ya en coche; unas veces á pie y otras á caballo de bestias ruines y perezosas, acompañado de un solo Religioso lego.

Antes, pues, de señalar á cada Regioso su respectivo oficio, cosa que se hace en todas las Congregaciones anuales, trata el reverendísimo Padre de enumerar las casas de la Custodia, los quehaceres más comunes de los frailes, las obras llevadas á cabo, y luego las necesidades á que se debe poner remedio en adelante.

Procuraremos dar solamente un extracto de las palabras del Padre Custodio, sacándolo de la *Carta circular* aludida que acabamos de leer.

«La Obra de Tierra Santa, dice el Padre, dirigiéndose afectuosamente á sus hijos, es demasiado grande en su extensión material y abraza una infinidad de oficios diferentes. *Nueve conventos, con cuarenta y dos hospicios ó residencias; cincuenta y cinco Santuarios* (1) que tenemos en custodia; *veintiocho iglesias parroquiales con dieciocho sucursales; cincuenta y cuatro escuelas* que son dirigidas por nosotros, *nueve hospederías* para peregrinos que reclaman nuestra asistencia; la cura de almas en diversas lenguas según la diversidad de regiones y colonias en Judea, Galilea, Siria, Bajo Egipto, Chipre, etc.; más la asistencia espiritual de muchos Institutos religiosos de beneficencia y de educación: todo esto y mucho más que se podría enumerar presuponen en los Religiosos que viven en Tierra Santa una increíble variedad de oficios y deberes más difíciles de cumplir de lo que ordinariamente y de lejos puede parecer.

«Los cuales oficios y deberes se deben multiplicar desmesuradamente si se considera que la Custodia de Tierra Santa, como toda la provincia regular, tiene un *postulantado* ó escuela Seráfica, un noviciado, estudios de humanidades, de filosofía, teología y derecho canónico, con las demás incumbencias ordinarias de todos los conventos; el coro, el esplendor del culto en los Santuarios, funciones sagradas mucho más frecuentes y solemnes que en ninguna otra parte del mundo; cultiva diversas artes y profesiones para amaestramiento y en beneficio de los fieles sometidos á sus cuidados.

«Y he aquí por qué entre los sacerdotes de la Santa Custodia se deben encontrar hombres aptos para ser guardianes, presidentes, misioneros, lectores ó catedráticos de lenguas, de bellas letras, de filosofía, de matemáticas y física, de teología dogmática y moral, de derecho, de historia, de sagrada Escritura y de elocuencia sagrada; predicadores, párrocos y coadjutores en idioma francés, inglés, alemán, árabe, turco, griego, maltés, ilírico, polaco, etc.; directores de colegios y escuelas, de hospicios de huérfanos, de hospederías de peregrinos, de diversas oficinas de artes; comisarios de la Orden Tercera; capellanes de los Santuarios de militares y de los diversos Institutos religiosos de hombres y mujeres; catequistas de los Religiosos y de los fieles seglares en diversas lenguas; cantores, organistas, bibliotecarios, etc., etc.

«Entre los Religiosos legos también debe haber quienes miren por las casas de los pobres, conductores de peregrinos, médicos, boticarios, enfermeros, almaceneros, porteros, hortelanos, carpinteros, tipógrafos, pintores, escultores, marmolistas, arquitectos, maestros de escuela en varias lenguas, inspectores de colegios y escuelas, etc. (Sigue una lista de nombres de oficios y profesiones anejas al estado de un Religioso lego de Tierra Santa).

«Añádase la condición de los tiempos actuales, que exigen en los Franciscanos de Tierra Santa siempre

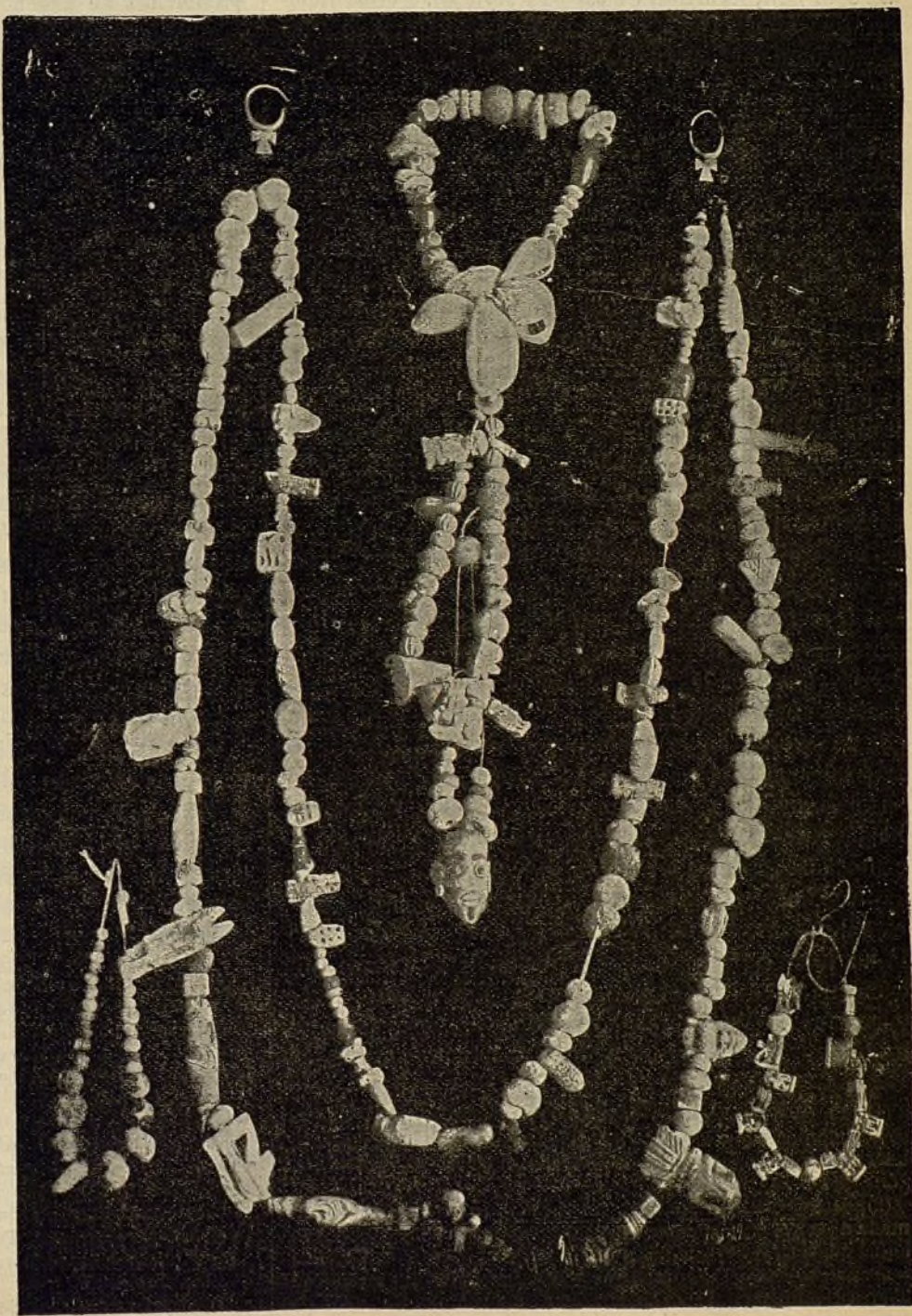
(1) Llámense *Santuarios* en Palestina aquellos lugares que conservan la memoria de algún hecho de la vida, pasión y muerte de Jesús, de la Virgen y de otros Santos.

mayor actividad y vigilancia en guardar, conservar y defender los preciosos Monumentos de nuestra redención, ya contra la agresiva preponderancia de los enemigos de la cruz y de la fe católica, prontos siempre á arrebatarnos ora uno, ora otro de los Santuarios; ya contra la audacia impudente de tantos sabiondos turistas que frecuentan estas memorandas regiones burlándose de todo y de todos; ya, en fin, contra aquellos otros que, movidos de cierto espíritu de crítica trascendental, tenido por ellos como la meta de la ciencia, se complacen en sembrar la duda racionalista y la negación incrédula sobre todos los Lugares Santos, aun los más augustos y mejor autentizados, logrando así arrancar del corazón de los peregrinos devotos todo sentimiento de piedad y religión. Estas nuevas exigencias de los tiempos piden en nosotros mayor vigilancia por conservar intacta é inmaculada la fe católica y las buenas costumbres en los pueblos á nosotros confiados, contra los conatos de herejía, así de Oriente como de Occidente, contra la natural volubilidad de estos indígenas, y contra la pestífera incredulidad y malas costumbres europeas que ya nos invaden por todas partes. En una palabra, del complejo de todas estas circunstancias, que agravan cada día más las condiciones de la Santa Custodia, nace para los Religiosos residentes en Tierra Santa mayor extensión de oficios y muy más grande crecimiento de deberes morales que les ligan á sus Superiores con el vínculo de la obediencia."

Hasta aquí lo que podríamos llamar primera parte del documento del reverendísimo Padre Custodio de Tierra Santa. El constituye, como se ve, el más solemne mentís á tantas calumnias, paparuchas y maliciosas reticencias como se han dicho y escrito acerca de la ignorancia, inacción y vida cómoda de los Padres de Tierra Santa, sirviendo además de alicente á los Religiosos que tienen la dicha de habitar en los Lugares Santos de nuestra redención para consagrarse más de lleno á los multiplicados y rudísimos trabajos que les imponen la obediencia y las crecientes necesidades de Tierra Santa.

El testimonio menos interesado y de mayor excepción son las palabras del infatigable superior de aquellas Misiones seculares, siete veces entregadas por la Iglesia católica á los heroicos hijos de San Francisco, y sancionada esa entrega por los católicos de todo el mundo que los mantienen allí con larguísimas limosnas, con incalculables sacrificios, con el amor que todo corazón cristiano bien nacido siente hacia aquellas tierras venerandas dignas de mejor suerte.

Con esas limosnas que, gracias á Dios no faltan nunca, con esa generosidad del mundo católico pueden los Padres Franciscanos atender siempre al esplendor del culto divino, al bien material de los fieles entregados á sus desvelos paternales, y al progreso de nuevas fundaciones, ó bien á exigentes reparaciones de sus antiguas casas é iglesias, fabricadas la mayor parte de ellas



CARTAGO.—Collares púnicos. (Pág. 323)

en épocas anormales, en circunstancias precarias y con materiales heterogéneos por demás.

Pero oigamos otra vez al reverendísimo Padre Custodio que en la mitad de su hermoso trabajo continúa de este modo:

«Sabido es, carísimos Padres y Hermanos, que los fondos de la administración de Tierra Santa son un milagro continuo de la divina Providencia para con nosotros; y esta largueza con que somos proveídos por el benignísimo Dios, que es el que inspira en el corazón de los fieles de todo el mundo la buena voluntad de socorrernos en nuestras necesidades, es consecuencia de aquel conocidísimo criterio de nuestro Santo Padre San Francisco, que inspirado del cielo, aseguraba á sus hijos la subsistencia material siempre que su vida fuese en armonía con su profesión: *No teman mis frailes, decía de continuo; aunque el mundo no tenga más que un solo pan, la mitad de ese pan será para ellos siempre que ellos se conduzcan como verdaderos Frailes Menores*. Debemos, pues, apresurarnos á decir que la Bondad de Dios es muy grande hacia nosotros y con su inmensidad cubre la multitud de nuestras miserias.

«Si hemos de tocar, aunque sólo sea de paso y al vuelo, lo que esa Bondad divina nos ha permitido hacer en el curso de este último trienio, en lo que se refiere principalmente al material, ó sea á la edificación y restauración de muchos edificios de la Santa Custodia, os diremos, ponderando tan sólo lo más saliente, que *se pudo colocar un nuevo órgano en el SANTÍSIMO SEPULCRO*; se restauró la iglesia de la *Flagelación*, se redujo á capilla el lugar de la *V Estación*, y se embelleció la *VII* en la *Via Dolorosa*; se hicieron importantes progresos en el valle de Josafat, lugar fecundísimo en preciosos recuerdos histórico-evangélicos; se continuaron las obras ya de antes comenzadas y se cubrió el ábside del Santuario de Betfage (1); se añadió un tercer piso á la hospedería de peregrinos en Jerusalén, gracias á las limosnas de peregrinos católicos americanos; se rodeó de un fuerte muro el *Collado de los Pastores* en las cercanías de la ciudad de Belén, donde se embelleció la iglesia parroquial, renovando en ella la capilla de la Inmaculada con nuevo altar de mármol y diversidad de pinturas. En el mismo Belén se construyó una nueva escuela de niñas y se hicieron importantes adquisiciones y reparos en lugares adyacentes al convento.

«En *San Juan in Montana* (2), merced á limosnas especiales de España, se restauró la iglesia añadiéndola un hermoso coro, una majestuosa torre con cuatro campanas, un órgano; y en el umbral de la puerta mayor se construyó una cripta para conservar el resto de un bellissimo mosaico antiguo; el convento además se

amplió con una grandiosa ala de dos pisos. En el también nuevo campanario del *Santuario de la Visitación* (1) fueron colocadas tres sonoras campanas.

«En el devotísimo Santuario de *Nazaret*, en las dos capillas que están sobre los cimientos de la Santa Casa de Loreto fueron colocados dos altares de mármol, más dos valiosos cuadros, representando el primero al arcángel San Gabriel y el segundo á Santa Ana, madre de María. Allí mismo y á expensas de piadosos bienhechores americanos, se pudo poner fin á la nueva hospedería para peregrinos, cuya construcción venía siendo impedida de verificar de veinte años acá. Se circuyó de un muro el collado del *Tremor* (2), el cementerio parroquial y el Santuario de *Séforis* (3), adquiriéndose además varias casa de musulmanes que impedían la libertad de la *Oficina de San José*.

«En el Santuario de *Caná de Galilea* (4) se puso el pavimento de mármol y se amplió considerablemente la residencia de los Religiosos.

«A costa de grandes sacrificios se pudo asegurar la propiedad de *Cafarnaún* (5) y se protegieron las preciosas ruínas que guarda con un muro, agrandando la casa con una capilla provisional. La iglesia de Tiberíades fué avalorada con un nuevo altar mayor de mármol y varias devotas imágenes talladas en madera. Se restauró en la iglesia parroquial del *Cairo* (Egipto) la *Capilla de las Gracias*.

«En *Kafar-el-Zaiat* fueron asimismo practicados importantes trabajos de restauración en la Casa Misión. Se mejoró la condición de la iglesia y sacristía de *Damieta*, donde se colocaron dos nuevas campanas, donativo del Duque de Madrid, D. Carlos, que peregrinó por Tierra Santa. La iglesia parroquial de Ismailía del Canal marítimo, demasiadamente reducida é insuficiente á contener la población católica de la ciudad, fué ampliada con dos capillas laterales, una nueva sacristía y un campanario con nuevas campanas.

«En *Bulaco, Mansurah, Trípoli, Tiro, Saida, Damasco, Sírnaca, Limasol*, fueron hechas restauraciones, ya en las iglesias respectivas, ya en los cementerios, ya en las casas que son propiedad de la Misión.

«Finalmente, el último mártir de la Custodia de Tierra Santa (P. Salvador de Capadocia, muerto á manos de los turcos á últimos del año 1895 en las Misiones de *Armenia*); el año anterior á su martirio, construía con tantas penas y fatigas suyas la capilla que actualmente sirve de iglesia parroquial para los fieles latinos de la ciudad de Marax.

(1) Lugar de un antiguo castillo á donde Jesús envió á dos de sus discípulos á que le trajesen la pollina con su jumentillo para hacer su entrada solemne en Jerusalén el Domingo de Ramos. (Luc. xix).

(2) Donde nació el Santo Precursor del Mesías, que hoy es llamada *Aim-Karem*. Sabido es que desde tiempos remotísimos tiene aquel convento relacionada su existencia con la católica España; pues nuestros reyes lo compraron y lo entregaron á los Padres de Tierra Santa, que tienen siempre por superior un Guardián de nacionalidad española. Nos consta que para las obras de que se habla en el texto envió la Obra Pía de Madrid en solas dos remesas la cantidad de 27,000 francos, aparte otras limosnas especiales.

(1) O casa de *San Zacarías*, donde es tradición constante que se verificó el misterio de la visitación á (diez minutos de *Ain-Karem*) de María á su prima Santa Isabel. (Luc. i, 40 et seq.).

(2) Está cerca de *Nazaret*; y es el lugar de donde querían los judíos precipitar al Señor porque les decía verdades que no les agradaban. (Luc. iv. 29).

(3) Llamada también *Diocesárea* y *Dioclecianópolis*, es la ciudad natal de San Joaquín, padre de María Santísima. El Santuario á que alude el texto está edificado sobre el terreno que ocupaba la casa de los santos esposos, abuelos de los de Nuestro Señor Jesucristo, y pertenece con el terreno que lo rodea, á los Padres Franciscanos de Tierra Santa.

(4) Donde Jesús hizo su primer milagro convirtiendo el agua en vino. (Joan. ii).

(5) Aquí se retiró el Señor después de su maravilloso ayuno, llamó al apostolado á San Pedro y á San Andrés, libró del espíritu maligno á un endemoniado curó á la suegra de San Pedro, etc.

«En otros lugares se han hecho reparos y mejoras; pero en los lugares donde el año pasado arreció la persecución dando á las llamas las poblaciones cristianas de Jenigekalé y Mugikderesi falta aun todo por hacer. El misionero no tiene otra iglesia ni otra habitación que una mísera cabaña. Cuando hayan cesado las oposiciones y dificultades de toda clase que se han presentado hasta ahora, se deberá pensar en reconstituir aquellas hermosas Misiones, haciendo más decente y menos precaria la situación de los misioneros. Al presente vivimos de esperanzas todavía. Sin embargo, para las dos iglesias de Marax y de Aintab, se pudieron obtener últimamente los firmanes del emperador turco, de quien, merced al empeño de la embajada francesa en Constantinopla, fueron como arrancados á la viva fuerza después de increíbles dificultades y resistencias.»

Después de enumerar los trabajos llevados á cabo en los tres últimos años, pondera el reverendísimo Padre Custodio los que hace falta comenzar en otros muchos lugares. Bastaría esta enumeración para patentizar hasta dónde llegan los de la Custodia de Tierra Santa; bastaría lo dicho hasta aquí para ponderar los múltiples cuidados que encierra el régimen de tantos conventos y residencias esparcidas por regiones muy diversas y dilatadísimas; bastaría todo para cerrar la boca de los enemigos sistemáticos del *fraile de la cuerda blanca*, que es el único que en tiempos de persecución perseveró al lado de los Santuarios venerados de Palestina, é hizo amar y respetar de los fanáticos musulmanes.—NOMAR.

(M. C.).

LAS ÓRDENES RELIGIOSAS

ESTÁN actualmente clasificadas en seis categorías. Pertenecen á la *primera* los Canónigos de San Salvador, en Letrán, y los de Santa Cruz, en Alemania y Francia. Forman parte de los *Monjes* los Basilios latinos y los del rito griego, los Benedictinos, empezando por los monjes del Monasterio ilustre de Monte Casino, y los de Ordenes análogas en Hungría, Francia, Suíza, Inglaterra, Escocia, Baviera, España, Alemania y una parte de la América. Constituyen parte de los mismos los Camaldulenses, los Cistercienses, las Congregaciones de San Silvestre y del monte de los Olivos, los Cartujos, los Caldeos de San Hormidas, los Maronitas de Alepo, de San Isaías, y los Armenios del Líbano. Son parte de la misma familia los Armenios de Venecia y los Basilios greco-melquitas.

Las Ordenes *mendicantes* están constituídas por los Dominicos, Menores Observantes, Recoletos, Capuchinos, Orden Tercera de San Francisco, Eremitas Calzados y Descalzos de San Agustín, Carmelitas Calzados y Descalzos también, Mercedarios, Trinitarios, frailes de San Jerónimo, de San Juande Dios y de la Penitencia.

Los *Sacerdotes Regulares* son los Teatinos, los Barnabitas de San Pablo, los Somascas, los Religiosos de la Compañía de Jesús, los Regulares Menores, los Clérigos de la Madre de Dios y Escuelas Pías. A su lado forman las *Congregaciones eclesiásticas*, los Hermanos de la Doctrina, los Obreros Píos, los Sacerdotes de la

Misión, los Sulpicianos, Eudistas, Misioneros de París, Padres del Espíritu Santo, del Corazón de María, Redentoristas, Pasionistas Oblatos de la Virgen, Misioneros de la Preciosa Sangre del Señor, Maristas, Congregaciones del Sagrado Corazón, de la Caridad, de la Santa Cruz, Resurreccionistas, Agustinos de la Asunción, Salesianos, Sacerdotes del Santo Sacramento, Padres Blancos de Africa, Marianistas, Misioneros de Lourdes, Sociedades del Verbo Divino y de los Hermanos de la Caridad con otras Congregaciones similares. De los *Institutos Religiosos* constituyen parte también los Hermanos Alescios, los de las Escuelas Cristianas, los de la Misericordia, los Hospitalarios y los Maristas de la Inmaculada Concepción.

NOTICIA DE LOS SANTUARIOS QUE EXISTIERON SOBRE EL MONTE CARMELO

(Conclusión)

III.—Fuente del Profeta Elías

La célebre fuente del Profeta Elías es el tercer santuario de esta montaña santa. De ella hacen mención no sólo los Pontífices Sixto IV y Clemente V en sus bulas pontificias, sino también Juan, patriarca XLIV de Jerusalén, y cuantos escribieron del monte Carmelo. Dista del promontorio septentrional como cosa de una legua española, y está situada á la mitad de la pendiente del monte, mirando hacia el Mediterráneo. Se conserva en su primitivo y natural estado, sin que el arte haya puesto su mano en ella. Tiene dos vertientes que la naturaleza abrió en la roca, por las cuales sale el agua tranquilamente.

Como á diez pasos de esta profética fuente, de la cual también habla San Alberto en la Regla que compuso para los Carmelitas, consérvese un estanque que recoge las aguas que corren de la fuente: tiene de circunferencia sobre cien pies, y seis de profundidad. Su forma es perfectamente cuadrada. Fué hecho por los Carmelitas de la era cristiana, y de él hace mención el Breviario Carmelitano en las lecciones del segundo nocturno del Oficio de San Angelo, mártir, donde se refiere el prodigio que allí obró este Santo, semejante á aquel que hizo el profeta Eliseo en el río Jordán, haciendo subir sobre las aguas el pesado hierro de una hacha que se le había caído á su hermano el B. Juan, sin más artificio que poner sobre las aguas la punta del mango.

Noticia del convento de San Brocardo

A doscientos pasos de la fuente de San Elías, subiendo la pendiente, existe todavía parte de los fundamentos del monasterio de San Brocardo, cuyo nombre tomó porque el Santo lo fabricó siendo general de la Orden Carmelitana, y por haber vivido y muerto en él. Que este monasterio tenía su situación cerca de la fuente del grande Elías, lo dice San Alberto en la Regla que compuso para los hijos del Carmelo: «A los amados hijos en Cristo Brocardo, y á los demás Religiosos eremitanos que moran bajo su obediencia en el monte Carmelo, cerca de la fuente de Elías.» También lo afirma el Sumo Pontífice Sixto IV en una de sus bulas, diciendo: *Qui montem sanctum Carmeli justa Eliæ fontem*

inhabitarunt: «Los que habitaron el santo monte del Carmelo al pie de la fuente de Elías.»

De estas dos citas que prueban la existencia del monasterio cerca de la fuente de Elías, resulta que la fuente profética no es la fuentecilla situada en el local que perteneció al monasterio, como algunos erróneamente escribieron en sus itinerarios de Tierra Santa, sino aquella que se halla apartada como doscientos pasos de los límites del convento de San Brocardo.

Cirilo, Alejandrino y Constantinopolitano, á San Angelo, mártir, á su hermano el Beato Juan, patriarca de Jerusalén, al Beato Bertoldo II, al Beato Alonso, al Beato Nicolás, al Beato Gerardo y á otros muchísimos venerables Padres.

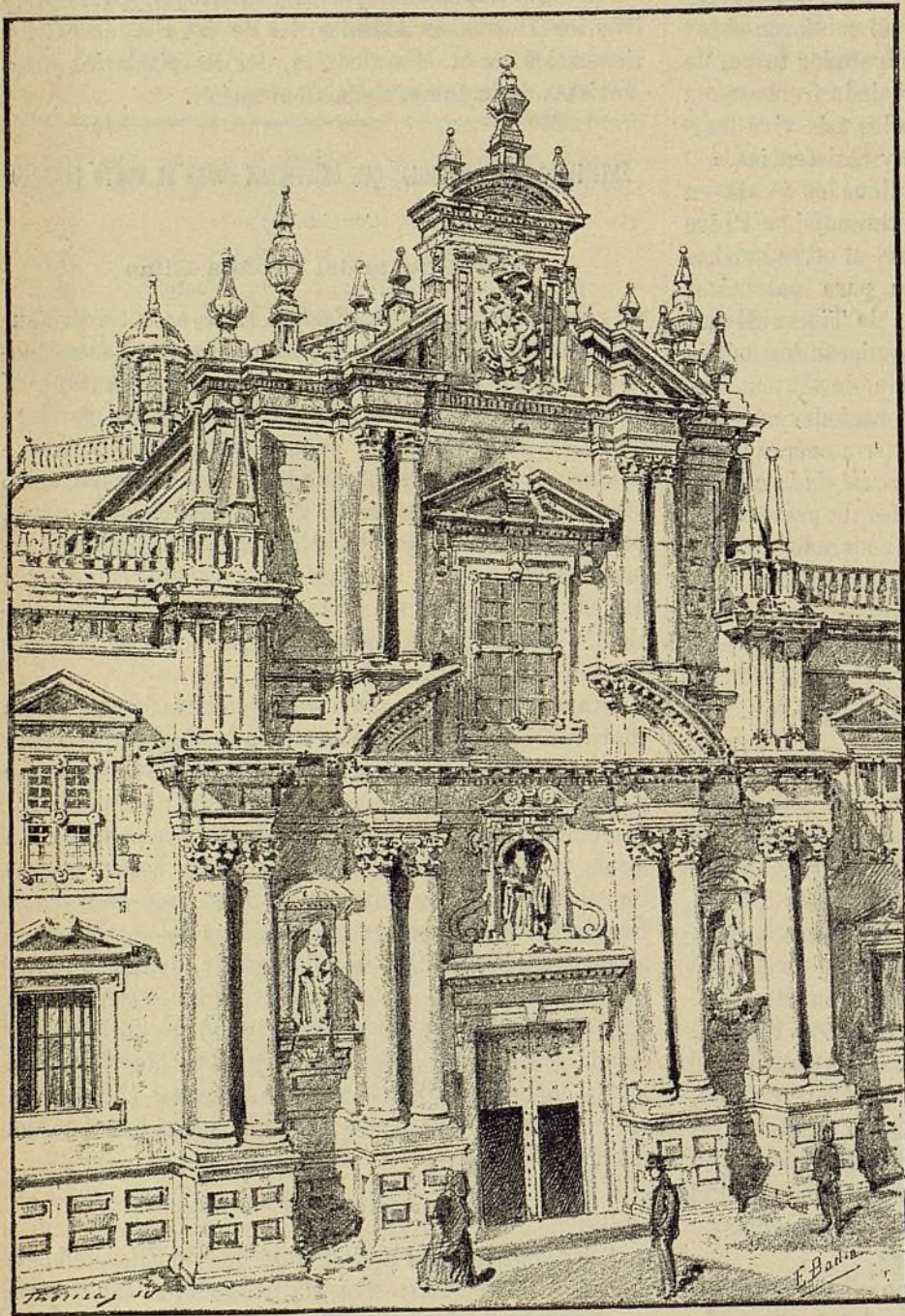
Aquí fueron martirizados en una noche, por los árabes, gran multitud de hijos del Carmelo, parte de este monasterio y los restantes de otras Comunidades que, para salvar su vida de las manos de los bárbaros, se

habían acogido á este sagrado asilo. Este cruel y sangriento sacrificio verificóse el año de 1238. No contentos todavía los agarenos con haber pasado á filo de espada á los pacíficos é indefensos Religiosos, siempre víctimas de los hombres enemigos de Dios y de su Cristo, arrojaron sus cadáveres por las ventanas y los esparcieron por el valle que allí hay para que sirvieran de pasto á las fieras, llevando antes de restos mortales, con atrevida crueldad, el estanque que está junto á la fuente de Elías, para que se corrompieran sus aguas. A vista de tanta inhumanidad retiró sus aguas la fuente del Santo Profeta, manifestando visiblemente su sentimiento.

Cuando los cruzados acudieron al teatro de la catástrofe, quedaron sorprendidos al ver que la fuente profética se había quedado enteramente enjuta, como si jamás hubiera tenido agua; pero acosados de la sed suplicaron á los Carmelitas que con ellos estaban que pidieran al Señor se dignara mandar nuevamente sus aguas á la fuente de Elías. Los últimos restos del Carmelo en la Siria Palestina, después de haber dado tierra santa á los despojos de sus queridos hermanos muertos en odio de la fe de Jesucristo, clamaron al Señor para que, por los méritos del grande Elías y de aquellos sus hijos sacrificados por el nombre de Jesús, la fuente del santo Profeta diese nuevamente sus cristalinas aguas. La oración de estos Siervos de Dios, pe-

netrando los cielos, llegó hasta el trono del Altísimo, y el Señor, oyendo los ruegos de los imitadores de Elías, mandó que las aguas de la fuente de su Profeta corriesen como antes con admiración de todos los concurrentes.

Los cronistas de la Orden y otros escritores que hablaron largamente de este prodigio, reflexionan y dicen



FACHADA DE LA BASÍLICA COMPOSTELANA. (Pág. 334)

Este Santo, siendo general de la Orden, recibió en este monasterio la Regla que compuso San Alberto para los hijos y secuaces de Elías, que es la misma que hoy observamos los Carmelitas Descalzos. Además de San Brocardo, moraron en este monasterio hombres esclarecidos en letras y santidad, y se cuentan entre ellos el patriarca San Alberto, á San Bertoldo, á los Santos

que esta maravilla obrada á presencia de los cruzados, la quiso ejecutar Dios para dar á conocer el mérito, la virtud y santidad de aquellos hijos de Elías que tenía reservados para llevar por todo el mundo la Orden de la Madre del Carmelo.

Por lo que resulta de las ruínas que de este monasterio aún se conservan, vemos que tenía la longitud de ciento cuarenta y más pasos, pero su latitud debía ser muy limitada, por cuanto lo es también el sitio que ocupaba, que es una estrecha garganta entre dos elevadas colinas.

Sobre estas dichas ruínas, y en frente de la fuente de Elías, está aquel campo ó espacio de monte que llaman el Campo de los Melones por una tradición harto piadosa, de la cual nada afirmo ni niego, porque para Dios todo es posible. Dícese desde muy antiguo que en este campo había un melonar que cuidaba un hebreo cuando los melones estaban en sazón, y que pasando por allí el profeta Elías pidió á su dueño un melón. Este, respondiendo bruscamente al santo Profeta, dijo que no tenía en su melonar más que piedras. A esta burlona respuesta, queriendo Elías dar su merecido, le contestó: «En hora buena, sean piedras tus melones.» Y desde entonces todo aquel terreno que ocupaba el melonar, quedó convertido en melones de piedra, en mayor ó menor magnitud, según estaban entonces crecidos. Yo he estado muchas veces en este local con motivo de observar este fenómeno, y he visto que este fruto petrificado se encuentra generalmente ó en el corazón de las rocas ó á su superficie, y está tan compacto con la peña que con dificultad se puede sacar uno entero ó sano. Sus primeras capas, del grueso de tres líneas, son de piedra durísima, que es como pedernal, mas el corazón, ó sea el interior, está todo cristalizado. En lo que no cabe duda alguna sobre esto es que en todo el monte Carmelo, á pesar de tener veinte leguas de circunferencia, no se encuentran estas frutas petrificadas, sino únicamente en este campo denominado por todos con el nombre del Campo de los Melones.

IV.—Sacrificio del profeta Elías

Este santuario tiene su situación sobre una de las colinas meridionales del mismo monte, que es donde el grande Elías ofreció á Dios aquel maravilloso sacrificio, sobre el cual bajó fuego del cielo á las súplicas del santo Profeta, como queda manifestado. Este promontorio goza de grande veneración, no tan sólo por el sacrificio de Elías, á cuya vista se convirtieron á Dios nuevamente los de Israel, sino también porque desde esta cumbre, orando en ella el Santo Profeta, después de haber quitado la vida á los falsos profetas de Baal, vió con su espíritu profético aquella nubecilla que, elevándose por los aires, fué el consuelo de Israel, y en ella reconoció á la Inmaculada Madre de Dios, que había de ser bendita entre todas las mujeres.

Los antiguos Carmelitas, después de la conversión del emperador Constantino, levantaron en esta cima meridional, para eterno recuerdo del sacrificio de Elías, una laura con su templo, que siglos después fué uno de los cinco conventos que antiguamente había en todo el monte Carmelo, cuando la vida eremítica se mudó en

cenobítica. Al presente no se conserva de este santuario más que su recuerdo tradicional; pero años pasados, superando imposibles por medios estratégicos y venciendo mil dificultades y sacrificios, se ha podido construir una capilla y una habitación en el mismo sitio donde, según tradición, restauró Elías el altar sobre el cual ofreció á Dios su sacrificio.

En ella se celebra la santa Misa, y yo he celebrado repetidas veces, para lo cual se lleva todo lo necesario del convento de la Santísima Virgen. Se intentó pocos años ha por la Comunidad del Carmelo construir allí una iglesia y un hospicio para hospedar gratuitamente á los peregrinos, pero no fué posible llevar á cabo esta empresa por la constante y decidida oposición de los turcos; motivo por el cual se ha desistido por ahora de esta idea hasta que Dios abra camino y nos proporcione una ocasión favorable.

Noticia de las cavernas que habitaron los antiguos Carmelitas

Los primitivos hijos del Carmelo, discípulos de los profetas Elías y Eliseo, moraban en las cavernas de los montes y en pabellones hechos de ramaje de árboles, como consta del tercer libro de los Reyes. Y los hijos de los Profetas dijeron á Eliseo: «Ve que el lugar en que habitamos, cerca de ti, es angosto para nosotros. Vamos hasta el Jordán, y cada uno de nosotros lleve del bosque sus maderas y edifiquemos allí lugar para habitar.» Parece que San Pablo, en su Epístola á los hebreos, habla de estos secuaces de Elías cuando dice: «Otros sufrieron escarnios, etc.» Anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras. Desamparados, angustiados, afligidos, de los cuales el mundo no era digno, morando en los montes y cavernas de la tierra. En estas cavernas y pabellones pasaban solitarios la mayor parte de la vida, ya meditando en las verdades eternas, ya cantando alabanzas al Señor, ya en el trabajo de manos para evitar la ociosidad: de estas habitaciones sólo salían á los actos de comunidad en las sinagogas, donde tres veces al día se congregaban para alabar al Señor en cumplimiento de aquello que decía el Profeta: «Por la tarde, por la mañana y al medio día cantaré, anunciaré y oirás mi oración.»

De estas cavernas que fueron habitación de los primitivos hijos de Elías y también de los Carmelitas de la nueva ley, en las cuales dejaron á la posteridad ejemplos admirables de penitencia que imitar, se conservan muchísimas todavía, unas en estado ruinoso, otras del todo inutilizadas y algunas capaces de habitarse.

Entre la multitud que de ellas había en el promontorio septentrional y en sus inmediaciones, se conservan muchísimas al presente, y hay además algunas cisternas que aún están útiles.

El venerable Próspero refiere que en su tiempo existían más de mil cavernas de las habitadas por los hijos de Elías, y que en uno de los lugares llamados Schif ó Rueban, que en castellano quiere decir habitación de religiosos, se descubren unas peñas á la vista de un valle, en las cuales había sobre cuatrocientas cuevas colocadas en forma de dormitorio, teniendo todas ellas una ventana, lecho y mesa hechos de la misma roca.

Finalmente, el *Saltus Carmeli*, de que hace men-

ción la Sagrada Escritura, se describe situado entre el pueblo de Bustan y el de Dali, y allí existían años ha veinticuatro cuevas de bastante extensión, presentando cada una de ellas la perspectiva de un pequeño oratorio.

LA SANTA CUEVA DE MANRESA

ESTA Cueva fué regada con las lágrimas y la sangre de San Ignacio de Loyola; santificada con la presencia de Jesús y de María, de los Angeles y Santos, y alumbrada muchas veces con vivos resplandores que trocaban esta gruta en un breve cielo: aquí mismo Ignacio oró, suspiró, luchó con el demonio y se arrojó en dulces éxtasis: aquí le vieron golpearse desapiadadamente el pecho con una piedra; aquí se abría las espaldas con cadenas de hierro; la oración pasaba de siete horas y siempre de rodillas; la comida un poco de pan y agua, y á veces se pasaban tres y cuatro días en ayunas, sin más cama que la dura tierra, ni más abrigo que su pobre saco.

Tenía entonces la Cueva unos tres metros de longitud por uno y medio de ancho; en el centro se elevaba poco más de dos metros, y por los lados bajaba desigualmente. Antro obscuro y escarpado, más parecía sepultura de muertos ó albergue de fieras que morada de hombre. Al rebajarse el pavimento por el año 1660 y alargarse la gruta por la parte septentrional, midió en su mayor longitud, entrando en la cuenta la sacristía, diez metros y medio, tres y medio por su mayor anchura, y en la parte más baja dos y medio.

Las cruces que hay en la derecha las grabó en la peña el mismo Santo. Los medallones de mármol son del año 1720; los estuques del H. Capsada, de la Compañía.

El retablo es de mármol blanco, las figuras de talla de alto relieve. Mide un metro de altura, y ochenta y dos centímetros á lo ancho. Labróse por los años de 1666 á 1675. Al pie se lee grabado: *Grav. fecit.* Es el célebre escultor manresano Francisco Grau. Este retablo atestigua dos cosas: que en esta Cueva escribió San Ignacio los Ejercicios, y que los escribió por dictado de la Santísima Virgen. Lo primero consta por la tradición, por los procesos de beatificación hechos en Manresa y Barcelona, y por el letrado que ya á principios del XVII se leía sobre la Cueva. Decía así:

«En este lugar, el año 1522, San Ignacio compuso el libro de los Ejercicios, que fué el primero que se escribió en la Compañía de Jesús, y está aprobado por la bula de la Santidad de Paulo III.»

El M. R. P. Mucio Vitelleschi, en 1625 envió para que se expusiera en la Santa Cueva un cuadro en que se pintaba á la Reina del cielo con su precioso Hijo en los brazos, en actitud de dictar los Ejercicios al extático Penitente. De este diseño se sacó el retablo en mármol y el frontal alabastrino del altar de San Francisco Javier. La copia de los Ejercicios corregida de mano de San Ignacio se guarda en el archivo de la Compañía. Este libro lo han aprobado, concedido indulgencias y exhortado á hacerlos Paulo III (1548), Alejandro VII (1657), Clemente XII (1749), Benedicto XIV (1738), y otros Sumos Pontífices.

CRÓNICA

España.—El grabado de la pág. 332 representa la fachada de la célebre Basílica dedicada al Santo Apóstol Patrón de España en Santiago de Compostela. En todos tiempos ha sido muy visitada esta venerada Basílica, por peregrinos no sólo españoles, sino también extranjeros. El presente año la concurrencia es más extraordinaria por razón del Jubileo que varios Papas han concedido á la Basílica compostelana cuando cae en domingo la fiesta de Santiago. En su virtud, pueden los confesores absolver de casos reservados, excepto la herejía mixta, y conmutar votos á los fieles que, habiendo confesado y comulgado, visiten dicha Basílica orando según la intención del Romano Pontífice.

Roma.—El P. Charmentant ha enviado al Papa el primer ejemplar de su dictamen dirigido á Jefes de Estado sobre la persecución de los armenios, y León XIII, en vista de la importancia considerable de ese documento, ha transmitido al director de la Obra de Oriente sus felicitaciones, y le ha animado á perseverar en su celo por socorrer á aquellas infelices poblaciones, en un autógrafo en latín, cuya traducción es como sigue:

«Amado hijo, salud y bendición apostólica: Vuestras cartas, que hemos recibido, nos han sido muy agradables. Nós sabíamos ya, por otra parte, el celo con que trabajáis en acudir en auxilio de los pueblos de Armenia con limosnas recogidas de todas partes.

«Nós seguimos con merecidos elogios los industriosos medios de vuestra caridad, y formamos los más vivos deseos para que no se cese, sobre todo entre los católicos, de secundar ampliamente vuestra abnegación y vuestras empresas.

«Con estas miras, concedemos gustoso y de todo corazón á vos, amado hijo, y á todos los que os confían sus limosnas para acudir en auxilio de los armenios, la bendición apostólica, prenda de nuestro afecto y presagio de los favores celestiales.»

—Monseñor Macario, en la conferencia que celebró con Su Santidad acerca de la situación religiosa de los coptos, dijo que importa fundar en Egipto cuantas iglesias se pueda del rito latino, y aumentar y sostener decididamente las escuelas de los occidentales, aunque despojándolas del exclusivismo nacional que hasta ahora manifiestan.

Los Obispos austro-húngaros se han puesto de acuerdo con Su Santidad para la fundación de un gran Seminario, que sea en el país de San Atanasio un centro de propaganda latina.

Madagascar.—En la página 313 damos el retrato del reverendo P. Jaime Berthier, misionero de la Compañía de Jesús en la grande isla africana, de cuyo asesinato por los fahavalos en Junio de 1896, ya dimos cuenta á su debido tiempo á nuestros lectores. Murió víctima de su caridad, por no resolverse á abandonar á sus queridos cristianos, desterrados de sus pueblos: quiso permanecer junto á ellos para alentarlos, dirigirles y hacerles todo el bien posible. Su muerte fué una gran pérdida para la Misión. ¡El Señor le tenga en su santa gloria!

Chubut (Patagonia Central).—El R. P. Bernardo Pachina, misionero salesiano, escribe á su reverendísimo Padre Superior dándole cuenta de la bendición de una nueva iglesia:

«Después de la larga relación que de mi visita á los indios tehuelches le mandé últimamente, hemos tenido el gran consuelo de inaugurar una nueva capilla en Gaimán, centro de la Misión protestante, donde los católicos carecían de todo lo necesario para el culto, razón por la que se pasaban á los protestantes ó vivían en la más glacial indiferencia.

Este triste estado de cosas no podía menos de acibarar nuestro corazón y el de los buenos católicos, por lo que elevábamos de continuo nuestras plegarias al cielo para que el Señor, compadecido de nosotros, mandase en nuestro socorro á la potente Exterminadora de la herejía, la cual, en esta como en otras ocasiones, no se ha hecho esperar; así, pues, podemos ahora publicar con júbilo que *Maria edificavit sibi domum.*

«La iglesia es pequeña y pobre; pero está situada en el centro

de la Colonia y como centinela de avance en el punto más estratégico del pueblo.

«También en Gaimán ondeará majestuosa la cruz, siempre triunfante del error, y la Reina del cielo establecerá su trono para derramar sobre sus devotos el santo rocío de su bondad maternal.

«En breve se dará principio á la construcción de escuelas profesionales, las cuales harán un gran bien no sólo á esta colonia, sino también á la juventud de todo el territorio.

«Uno de estos últimos días tuve la satisfacción de recibir la visita del indio Juan Lucanén, joven que yo bauticé en Viedma dándole el apellido de Esperanza, y á quien coloqué en aquella casa salesiana como artesano. Venía acompañado de su madre, la cual se hacía lenguas de la bondad de su hijo. Me dijo que hace de catequista y misionero en la tribu de su tío el cacique Juan Cual, pues enseña á todos aquellos indios los principales misterios de nuestra fe, y bautiza á los niños cuando corren peligro de muerte ó tarda mucho en llegar un misionero. Al despedirse de mí, me dijo llena de satisfacción: «Dios me ha dado hijos, y yo te los he dado y te los daré á ti para que me los eduques á todos como á Juan.»

«De gran consuelo es todo esto para el pobre misionero, como todo lo que contribuye á la ardua empresa de la civilización de estos salvajes.»

Oceania.—Un misionero de aquella parte del mundo cuenta el siguiente caso:

«Una tarde al ponerse el sol, vimos llegar á la playa un bote del que saltó un salvaje convertido hacía poco, el cual se dirigió á la cabaña habitada por el Obispo, al que dijo entre sollozos:

«—Padre, yo tenía una mujer y seis hijos, y con ellos iba el otro día en mi bote, cuando sobreviniendo una tormenta, que volcó mi embarcación, tuve la inmensa desgracia de perderlos á todos ahogados á pesar de mis esfuerzos por salvarlos. El mar nada ha querido de mí y me ha arrojado á la playa, quedándome solo en el mundo; y hay que tener mucha fortaleza para vivir solo... cien leguas he recorrido para venir á buscar de ti la fuerza que necesito; ¿me la querías dar mañana en la Misa?...»

«Al siguiente día, el Obispo le dió el Pan de los fuertes, y después de una ferviente oración, levantándose:

«—Adiós, Padre, dijo al Prelado; ya poseo el que me ha de dar la fortaleza que necesito, ahora ya puedo vivir solo. Adiós.

«Y abrazándose por primera y última vez, el Obispo derramaba abundantes lágrimas; no así el heroico salvaje que, montando en su barca, se alejó hacia su isla confortado y valeroso.»

Noticias varias.—En Mayo último falleció en la residencia de Los Gatos, California, el R. P. Nicolás Congiato, coronando con una santa muerte, una vida empleada toda en el servicio de Dios y el bien de las almas. Nació en la isla de Cerdeña el 14 de Septiembre de 1816, y entró en la Compañía de Jesús el 15 de Mayo de 1835. Fué á América en 1848; desempeñó el oficio de presidente del Colegio de Bardstown en Kentucky y luego fué enviado por sus Superiores á California, en donde, con excepción de los años que pasó en las Montañas Berroqueñas, para organizar aquella Misión, permaneció hasta el fin de su vida, trabajando sin descanso, llevando á cabo grandes obras para la mayor gloria de Dios, ejerciendo cargos de la mayor confianza y edificando á todos con sus santos ejemplos. Grande es la pérdida que la Misión de California ha sufrido con la muerte del R. P. Congiato y la de los RR. PP. Maraschi y Pinasco, que fallecieron no ha mucho.

—Las islas Salomón, habitadas exclusivamente por paganos y caníbales, acaban de ser agregadas de nuevo al vicariato apostólico de las islas Fidji.

La obra de su evangelización comenzó en 1845, encargándose de ella los Padres Maristas, cuyo jefe, Ilmo. Espalle, encontró una muerte gloriosa. Poco después tres de sus misioneros fueron no sólo asesinados, sino hasta asados y comidos, y no tardaron mucho en tener la misma suerte los que quedaban.

«La reanudación de tal Misión, dice el Ilmo. Sr. Vidal, deja entrever peligros que desconciertan la prudencia humana: pero

¿han de dejarse arredrar por semejantes cálculos los apóstoles de Jesucristo?... ¿Se arredró acaso aquel que Roma ha proclamado el primer mártir de Oceanía?... ¿Qué habría sido de las otras islas, si nuestros Padres hubiesen mostrado menos afán por evangelizarlas, que el que aquéllas mostraban por deshacerse de los misioneros?»

Así ha sucedido siempre en la Iglesia de Dios: los verdugos se han cansado más pronto que las víctimas, y los lobos se han dejado vencer por los corderos.

Doce misioneros han salido ya para las islas Salomón.

—Escribe el Ilmo. Berlioz, vicario apostólico de Hakodati, Japón: «Los nueve primeros Religiosos Cistercienses, destinados al monasterio de Nuestra Señora del Faro, cerca de Hakodati, llegaron á puerto en los últimos días de Octubre, y el 21 de Noviembre, fiesta de la Presentación de la Virgen Santísima, tuvo lugar la erección canónica de la primera Trapa del Japón. Nuestros cristianos se tienen por felices al tener estos santos Religiosos que atraerán á su país las bendiciones del cielo, sacrificándose por una obra eminentemente civilizadora. Tenemos por seguro su éxito. No obstante, habrán de sufrir los primeros años... Esperamos que la caridad de los católicos nos ayudará á abreviar el tiempo de su prueba.»

VARIEDADES

EL HONORARIO DE UN MISIONERO

EL H. Juan Boggio, S. J., pasó un tercio de siglo en el penoso oficio de enfermero en el colegio de Santa Clara, California. Durante ese tiempo sus desvelos y espíritu de sacrificio le granjearon no sólo el respeto, sino también el cariño de cuantos eran objeto de sus cuidados; y ese sentimiento de los estudiantes no se desvanecía al terminarse sus cursos en el colegio. Aun después, cuando visitaban su *Alma Mater*, no dejaban de ir en busca del H. Boggio para pasar con él un rato de amistosa conversación.

No es nuestro intento contar aquí todo lo que pudiera decirse en alabanza del buen Hermano y de lo mucho que desvelábase por los alumnos y los pobres, quienes conocían su habilidad y bendecían su nombre; mas queremos tan sólo referir una de sus famosas curas, en la que la salud espiritual del enfermo fué aún más notable que el restablecimiento de su salud temporal.

Narraremos el hecho tal como lo oímos de los propios labios del H. Boggio. Inútiles serían los adornos, cuando el mismo relato, aunque tan sencillo, habla con una fuerza que en vano podríamos darle con palabras y conceptos rebuscados.

Por los años 1852 á 1854 el H. Boggio ocupaba el puesto de enfermero en el hospital de Argel, Africa. No hay que decir si esta carga era abrumadora. A consecuencia de una espantosa carestía, las cosas habían llegado á tal punto, que para acallar el hambre, la gente se veía obligada á comer cualquier cosa por malsana que fuera. La enfermedad atacó muy pronto aquellos cuerpos debilitados, y el hospital resultó atestadísimo de pacientes, jóvenes y viejos, cuyo lastimoso estado hubiera conmovido un corazón aun menos compasivo que el del H. Boggio.

Por aquel entonces había en la ciudad de Argel una guarnición de soldados franceses, bajo el mando de un oficial, que no desaprovechaba ocasión alguna para mo-

farse de la Religión y manifestar su odio á los miembros de la Compañía de Jesús, que desempeñaban sus apostólicas tareas en la ciudad de Argel y sus alrededores. Para congraciarse con el jefe, los soldados seguían su ejemplo, y todos á una encarnecían á los misioneros y se burlaban de sus trabajos.

La esposa del comandante, señora muy apreciable, se esforzaba con sus ejercicios de piedad y el ejemplo de una vida verdaderamente católica, por inducir á su esposo á la práctica de sus deberes religiosos; pero sus súplicas quedaban desatendidas, y sus ejemplos no hacían mella en el corazón del enemigo de los Jesuitas.

Sus dos hijos, uno de siete y otro de nueve años, eran causa de cruelísimas congojas para el corazón de la infeliz madre. Su padre les había enseñado á no hacerle caso á la autora de sus días aun en cosas triviales, y á proferir en presencia de ella las palabras más groseras y las más horribles blasfemias. Los niños, es verdad, eran todavía muy pequeños para comprender el sentido de las palabras que repetían como un papagayo; pero la madre acongojaba veía llegar el tiempo en que la ignorancia dejaría de ser un motivo para disculparlos.

Cierto día el comandante, que era muy aficionado á la caza, salió para entregarse á su diversión favorita. Abundantes piezas cayeron bajo sus certeros tiros, y él siguió brioso con su pasatiempo, á pesar de los rayos de un sol abrasador. Al volver á casa, hacia el anochecer, se sintió tan postrado por sus prolongados esfuerzos hechos con un calor tropical, que se fué á la cama y mandó por el doctor primero de la guarnición. Este declaró que los síntomas eran muy peligrosos, y luego reunió la consulta de los demás facultativos. Todo fué inútil para atajar la inflamación que se había declarado en el enfermo, y por lo tanto se vieron en la precisión de informar al comandante que no había esperanza para su salud.

—Consultar otros médicos, exclamó el enfermo.

—Todos los doctores de la ciudad han sido llamados, respondieron ellos, y se os han hecho todos los remedios.

—Entonces enviad por el enfermero jesuita, dijo el paciente en un exceso de desesperación: tal vez él pueda hacer algo.

El H. Boggio acudió en seguida á la cabecera del oficial; pero pronto vió que los remedios humanos no darían ningún resultado.

—Hermano, dijo el comandante; salve V. mi vida y pida el honorario que guste, yo se lo daré.

—El caso es desesperado, replicó el Hermano con sosiego; pero yo haré lo que pueda.

Entonces los doctores de la consulta dejaron al enfermo en manos del H. Boggio, quien aplicó acto continuo el remedio que le pareció eficaz. El Hermano rogó y sus hermanos de Religión juntaron sus plegarias á las suyas. Las Misas de la mañana siguiente fueron ofrecidas por el restablecimiento del comandante, y se rezaron muchos Rosarios á la misma intención. Algunos de los miembros de la Comunidad pasaron la noche delante del Santísimo Sacramento, implorando con fervor la salud de aquel infeliz.

Nuestro bendito Redentor acogió en su infinita bondad aquellas fervorosas oraciones, pues el H. Boggio

comunicó luego la fausta nueva de la mejoría del comandante. Esta noticia fué seguida poco después de otra aun más grata, es decir, que el enfermo estaba fuera de peligro.

Cuando las escasas centellas de vida se trocaron en una llama, débil, sí, pero constante, el convaleciente le dijo al Hermano que pidiera su honorario.

—Todavía no, replicó el Religioso: os lo pediré cuando estéis del todo restablecido.

A medida que el oficial iba recobrando sus fuerzas y salud, se volvía impaciente por saber lo del honorario; pero el imperturbable Hermano repetía siempre la misma respuesta.

Por fin llegó el día, y el Hermano dijo al enfermo que ya estaba bueno.

—¡Oh! dígame ahora cuál es su honorario, que V. tiene tan bien merecido.

—Mi honorario es que vayáis á confesaros.

—¿Yo ir á confesarme? Esto no lo haré: hace años que no me confieso, y no tengo intención de hacerlo ahora.

—Y sin embargo, cuando me llamasteis, me prometisteis un honorario caso que os curara. Un hombre de honor mantiene su palabra.

—Usted me ha cogido de lo lindo, buen Hermano: V. tendrá lo que pide.

Pasaron algunos días antes que fuese pagado el honorario que el Hermano solicitara; pero el comandante lo satisfizo exactamente. También se acercó á la sagrada Mesa.

No bien había vuelto á su casa, teniendo aún en los labios el propósito de enmendarse, cuando el más joven de sus hijos, con su acostumbrado descaro, pronunció, en presencia de su madre, una de aquellas palabras groseras que tal fielmente había aprendido. Un soberbio pescozón fué la respuesta que el comandante dió al chicuelo asombrado.

—Pero, papá, V. me mandó hablar así, dijo el niño sollozando.

—Es cierto; pero ahora te mando á ti y á tu hermano que nunca profráis semejantes palabras. De lo contrario...

La frase amenazadora queda hasta hoy sin concluir.

Sería imposible describir el gozo de aquella fiel y sufrida esposa, pero algo podemos decir del cambio de sentimientos que se verificó en Argel. El comandante se volvió amigo y protector de los Jesuitas. Muchos que en lo pasado no habían visto nada bueno en un misionero, pronto echaron de ver que su tarea es simplemente trabajar y sacrificarse sin ninguna recompensa humana. Quedó también asegurada la reputación del H. Boggio; mas él siguió siempre reconociendo con humilde gratitud que la gloria de la curación era debida al Buen Pastor, que había salido en busca de la oveja extraviada.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Una subscriptora, de Barcelona. 1 pta.

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona